

**Políticas culturales :
estudios y documentos**

La política cultural en

Bolivia

Mariano Baptista Gumucio

unesco

Políticas culturales: estudios y documentos

En esta colección¹

Réflexions préalables sur les politiques culturelles

La politique culturelle aux États-Unis, par Charles C. Mark

Les droits culturels en tant que droits de l'homme

La politique culturelle au Japon, par Nobuya Shikaumi

Aspects de la politique culturelle française, par le Service des études et recherches du Ministère des affaires culturelles, Paris

La politique culturelle en Tunisie, par Rafik Said

La politique culturelle en Grande-Bretagne, par Michael Green et Michael Wilding, en consultation avec le professeur Richard Hoggart

La politique culturelle en Union des républiques socialistes soviétiques, par A. A. Zvorykine, avec le concours de N. I. Goloubtsova et E. I. Rabinovitch

La politique culturelle en Tchécoslovaquie, par Miroslav Marek, avec le concours de Milan Hromádka et Josef Chroust

La politique culturelle en Italie. Étude effectuée par les soins de la Commission nationale italienne pour l'Unesco

La politique culturelle en Yougoslavie, par Stevan Majstorović

La politique culturelle en Bulgarie, par Kostadine Popov

Política cultural de Cuba, por Lisandro Otero, con el concurso de Francisco Martínez Hinojosa

Quelques aspects des politiques culturelles en Inde, par Kapila Malik Vatsyayan

La politique culturelle en Finlande. Étude effectuée par les soins de la Commission nationale finlandaise pour l'Unesco

La politique culturelle en Égypte, par Magdi Wahba

La politique culturelle en Pologne, par Stanislaw Witold Balicki, Jerzy Kossak et Miroslaw Zulawski

La politique culturelle en Iran, par Djamchid Behnam

La politique culturelle au Nigéria, par T. A. Fasuyi

La politique culturelle à Sri Lanka, par H. H. Bandara

Le rôle de la culture dans les loisirs en Nouvelle-Zélande, par Bernard W. Smyth

La politique culturelle au Sénégal, par Mamadou Seyni M'Bengue

La politique culturelle en République fédérale d'Allemagne

La politique culturelle en Indonésie. Étude réalisée par la Direction générale de la culture, Ministère de l'éducation et de la culture de la République d'Indonésie

La politique culturelle en Israël, par Joseph Michman

La politique culturelle aux Philippines. Étude rédigée sous les auspices de la Commission nationale des Philippines pour l'Unesco

La politique culturelle au Libéria, par Kenneth Y. Best

La politique culturelle en Roumanie, par Ion Dodu Balan

La politique culturelle en Hongrie. Étude menée sous les auspices de la Commission nationale hongroise pour l'Unesco

La politique culturelle en République-Unie de Tanzanie, par L. A. Mbughuni

La politique culturelle au Kenya, par Kivuto Ndeti

La politique culturelle en République démocratique allemande, par Hans Koch

La politique culturelle en République-Unie du Cameroun, par J. C. Bahoken et Engelberte Atangana

Aspects de la politique culturelle au Togo, par K. M. Aithnard

La politique culturelle en République du Zaïre. Étude préparée sous la direction du Dr Bokonga Elanga Botombele

La politique culturelle en Afghanistan, par Shafie Rahel

La politique culturelle au Ghana. Étude préparée par la Division culturelle du Ministère de l'éducation et de la culture, Accra

La política cultural en Colombia, por Jorge Eliecer Ruiz, con la colaboración de Valentina Marulanda

La política cultural en Costa Rica, por Samuel Rovinski

Política cultural del Perú, por el Instituto Nacional de Cultura

La política cultural de Bolivia, por Mariano Baptista Gumucio

1. Todos los títulos se han publicado también en inglés.

La política cultural
en **Bolivia**

Mariano Baptista Gumucio

unesco



Publicado en 1977
por la Organización de las Naciones Unidas para
la Educación, la Ciencia y la Cultura,
place de Fontenoy, 75700 París

Impreso por Imprimerie Oberthur, Rennes
ISBN 92-3-301519-X
Edición inglesa: 92-3-101519-2

Prefacio

La finalidad de esta colección consiste en mostrar cómo se planean y aplican en diferentes Estados Miembros las políticas culturales.

Así como difieren las culturas, difieren también las maneras de enfocarlas; corresponde a cada Estado Miembro determinar su política cultural y sus métodos de acción con arreglo a su propia concepción de la cultura, su sistema socioeconómico, su ideología política y su desarrollo tecnológico. No obstante, los métodos de la política cultural (como los medios de las políticas generales de desarrollo) se enfrentan con algunos problemas comunes; son éstos, en general, de tipo institucional, administrativo y económico; de ahí que se insista cada vez más en la necesidad del intercambio de resultados de experiencias e informaciones al respecto. La presente colección versa principalmente sobre esos aspectos técnicos de las políticas culturales: cada estudio se ajusta, en la medida de lo posible, a un modelo uniforme, con objeto de facilitar las comparaciones.

Por lo general, los estudios versan sobre los principios y los métodos de acción de las políticas culturales, la evaluación de las necesidades culturales, las estructuras y la gestión administrativas, el planeamiento y el financiamiento, la organización de los recursos, la legislación, los presupuestos, las instituciones públicas y privadas, el contenido cultural de la educación, la autonomía y la descentralización cultural, la formación del personal, las infraestructuras institucionales destinadas a satisfacer las necesidades culturales; la conservación del patrimonio cultural, las instituciones de divulgación de las artes, la cooperación cultural internacional y otras cuestiones afines.

Los estudios, que se refieren a países con sistemas sociales y económicos de regiones geográficas y niveles de desarrollo diferentes, presentan— por consiguiente— una amplia diversidad de enfoques y métodos de las políticas culturales. En conjunto, pueden facilitar pautas a los países que han de establecer políticas culturales, y todos los países, especialmente

los que buscan nuevas formulaciones de esas políticas, pueden sacar partido de las experiencias acumuladas.

El presente estudio fue preparado para la Unesco por Mariano Baptista Gumucio, ex-ministro de Educación y Cultura de Bolivia, a solicitud de la Comisión Nacional boliviana para la Unesco.

Las opiniones que en él se expresan son las personales del autor y no reflejan necesariamente el criterio de la Unesco.

Índice

Características geográficas, históricas y culturales de Bolivia 9

- 9 *El ámbito geográfico*
- 12 *La antigüedad indígena*
- 16 *La dominación colonial blanca*
- 18 *Desde la Independencia hasta hoy*

Los grupos étnicos y la realidad pluricultural boliviana 20

- 20 *El mundo castellano-parlante*
- 22 *Urus y chipayas*
- 23 *Aymaras*
- 23 *Quechuas*
- 26 *Las culturas de la selva*

Las letras y las artes 30

- 31 *Las letras*
- 37 *La arquitectura*
- 38 *La pintura y la escultura*
- 40 *La música*
- 40 *El cine*

Los sistemas educativos y los problemas que confrontan 42

- 43 *El analfabetismo y el proceso de alfabetización*
- 45 *Sentido de la educación rural*
- 46 *El estado de la educación preescolar y básica*

- 48 *Los ciclos intermedio y medio*
- 50 *Modalidades de la educación técnica y normal*
- 52 *Presupuestos, maestros y locales escolares*

La universidad boliviana, la ciencia y la tecnología 54

- 54 *Bosquejo de la evolución universitaria*
- 56 *Orientación y estructura de la universidad boliviana*
- 58 *Panorama de la educación superior*
- 59 *Los costos de la educación universitaria*
- 61 *La investigación científico-tecnológica*

La política cultural de los gobiernos bolivianos 64

- 65 *Política cultural de la Revolución Nacional*
- 65 *Política cultural de la reapertura democrática*
- 71 *Política cultural actual*

Difusión y preservación de la cultura 75

- 75 *Movimiento editorial*
- 76 *Televisión, prensa y radio*
- 77 *Fundaciones*
- 78 *Los museos*
- 79 *Saqueo de las obras de arte y del folklore*
- 80 *Normas legales de propiedad intelectual*
- 82 *Desarrollo cultural concertado*

Características geográficas, históricas y culturales de Bolivia

Bolivia, en el último cuarto de nuestro siglo sigue siendo todavía un país ignorado y, por lo tanto, enigmático. Trasciende a la noticia internacional, de cuando en cuando, por golpes de Estado, huelgas bravas y represiones sangrientas, por los altibajos de las cotizaciones del estaño y, quizá, por la reedición de alguna obra de Alcides Arguedas, de Jaimes Freyre o de Augusto Céspedes. A fines de la década del 60, Bolivia asaltó, de pronto, los titulares de primera plana de la prensa mundial con la acción, el fracaso y la muerte del “Che” Guevara.

Tras de tales citas periodísticas esporádicas, forzosamente simplistas y deformadas, se halla una realidad mucho más compleja, rica, plena de una diversa y original existencia cultural, aunque siempre en el marco de sus características generales de dependencia, subdesarrollo y marginalidad.

La cultura boliviana, con facetas tan poco conocidas, arranca de sus raíces en un imponente escenario geográfico, una historia agitada y tensa, un choque y mezcla de mundos étnico-lingüístico-sociales, así como en los avatares de todo un pueblo en sus esfuerzos por vencer el atraso, la miseria y el analfabetismo y acceder a la independencia económica, la democracia, el bienestar y la cultura. Todo esto es un crisol donde bullen materiales que todavía no han tomado forma, cristalización y textura definitivas.

El ámbito geográfico

La República de Bolivia tiene una superficie territorial de 1 098 581 kilómetros cuadrados, aproximadamente cuatro veces más que la de España, tres veces la de las dos Alemanias y el doble de la de Francia. Pese a que se la conoce por el sobrenombre poco exacto de “país del Altiplano”, se

encuentra ubicada en la región tórrida de América del Sur, quedando fuera del trópico austral únicamente su extremo sudoeste. En realidad, ocupa el corazón del continente y está situada entre el Brasil al Norte y el Este, el Paraguay al Sudeste, la Argentina al Sur, Chile al Sudoeste y el Perú al Oeste. Desde la pérdida de su litoral marítimo se halla enclaustrada entre las montañas y la selva. Parece, así, que fuera un Prometeo encadenado.

Una publicación oficial boliviana dice:

“Más detalladamente, el país ofrece en su conjunto físico: primero, hacia el Noroeste, cálidas cuencas hidrográficas cubiertas de exuberante vegetación, cuyos ríos —todos navegables en su mayor curso— forman vastos y prolongados sotos y profundas vegas de fertilidad tropical; al Este, el territorio está formado por planos ondulados cubiertos de espesos pastales o de bosques seculares, surcado por caudalosos ríos que al desbordarse forman grandes marjales o bañados, corriendo las aguas de aquéllos, unas hacia el Noreste y otras hacia el Sudeste desde los 17 grados de latitud sur. Estas regiones de clima perpetuamente primaveral son denominadas *llanuras* al oriente y el *chaco* al Sudeste. El Oeste ofrece una comarca montuosa y abrupta, dominada por una elevada y fría planicie en la que se hallan los lagos indicados (el Titicaca y el Poopó) y a cuyos costados occidental y oriental corren cadenas de montañas cubiertas de perpetuas nieves”.¹

Desde que se escribiera esa sinopsis, a principios del siglo xx, el país ha perdido en guerra con el Paraguay la región llamada El Chaco (243 500 kilómetros cuadrados). En ese conflicto bélico, que se prolongó de 1932 a 1935, cincuenta mil combatientes bolivianos perdieron la vida.

Bolivia pertenece a las cuencas del Amazonas y del Plata, que desembocan en el Atlántico y, a la vez, por su mayor proximidad, a la costa del Océano Pacífico. El núcleo fundamental de su relieve está formado por el macizo andino, es decir por la alta estepa altiplánica que se alza en medio de las inmensas murallas montañosas de la Cordillera Real u Oriental y la Cordillera Occidental de los Andes.

En el altiplano y en los valles mesotérmicos interandinos es donde hoy mora la mayor parte de la población boliviana, y es allí donde se formaron las altas culturas precolombinas de los quechuas y aymaras y donde se asentaron las ciudades y las principales explotaciones económicas de la colonización española.

Los tres climas del país: frígido, templado y tórrido, que corresponden a distintas altitudes sobre el nivel del mar, descendiendo desde 4 000 a 400 metros, albergan una impresionante variedad de recursos de todos los

1. Oficina Nacional de Inmigración, Estadística y Propaganda Geográfica, *Sinopsis estadística y geográfica de la República de Bolivia*. Tres tomos. La Paz, Taller de Tipografía y Litografía de J. M. Gamarra, 1903, tomo I, p. 3 y 4.

reinos de la naturaleza, aunque no son ilimitados, como lo ha demostrado la explotación de las minas.

“No enumeraremos las producciones de los tres reinos de la naturaleza que existen en Bolivia —afirmaba Pedro Kramer—, pues hacer eso equivaldría a reproducir la nomenclatura de casi todos los animales que estudia la zoología, de todas las plantas que clasifica y estudia la botánica, de todos los minerales y materias inorgánicas que forman el objeto de la mineralogía y en fin de todos los productos que utiliza la industria”.¹

Esta visión plástica, pero demasiado optimista, se halla moderada por el hecho de que, en cuanto a los animales, las sociedades autóctonas anteriores al descubrimiento de América no conocieron el buey ni el caballo, el mulo y el asno, indispensables para la tracción de sangre. Si bien los recursos minerales de la parte occidental son casi íntegramente no ferrosos, existe un fabuloso yacimiento de hierro y manganeso en la llanura oriental —El Mutún—, en las inmediaciones de la frontera con el Brasil. No se han descubierto, hasta hoy, yacimientos de carbón de piedra.

Desde el tiempo colonial, Bolivia fue y es un país esencialmente minero. La exportación de la plata, en el pasado, hizo famosa a la ciudad de Potosí, y se ha calculado que los galeones del metal argentífero que se enviaron a Europa pudieron haber formado un puente que cruzara el océano entre el viejo y el nuevo continente. En el siglo xx la exportación de los minerales de estaño fue el origen de la enorme fortuna de las empresas de la Minería Grande, en las que descolló Simón I. Patiño, quien supo crear el único consorcio transnacional de origen latinoamericano.

Sin embargo, Bolivia fue y sigue siendo un país de alarmantes niveles de pobreza. Tal paradoja era anotada de este modo por H.L. Keenleyside, jefe de una misión económica de las Naciones Unidas:

“Los bolivianos tienen una singular facilidad para emplear frases dramáticas y pintorescas en la descripción de su país, de sí mismos y de sus ideas. Entre sus metáforas populares está aquella en que se describe a Bolivia como ‘un mendigo sentado en una silla de oro’”.²

La gravitación del grandioso escenario geográfico del país es constante factor de influjo sobre la idiosincrasia y la formación cultural de los habitantes de Bolivia, por medio de una acusada influencia telúrica en la religión y la mitología nativas, en el folklore, en la literatura y las artes.

El paisaje, no pocas veces, representa importante papel protagónico en la novela, la pintura, la música, etc.

1. Pedro Kramer, *La industria en Bolivia*, La Paz, Taller Tipolitográfico, 1899, p. 37.
2. Misión Keenleyside de la Organización de las Naciones Unidas, *Informe Keenleyside*, La Paz, Escuela de Derecho y Ciencias Políticas de la Universidad Mayor de San Andrés, Imprenta Universitaria, mayo de 1952 (Cuaderno nº 8, p. 13).

La antigüedad indígena

Numerosos rastros culturales, como las cerámicas, los tejidos, la tecnología del cobre y el bronce, los túmulos mortuorios o *chullpares*, los grandes monolitos, la simetría de las construcciones de piedra y los alto relieves, muestran cómo nacieron, florecieron y se apagaron, se truncaron y desaparecieron en el altiplano boliviano las llamadas altas culturas andinas.

Desde tiempo inmemorial, las sociedades indígenas eran agrícola-pastoriles, con una vida basada en la estructura del *ayllu* o clan consanguíneo, sin propiedad privada de la tierra y demás bienes de producción. Las comunidades originarias se agruparon en *marcas*, en forma semejante a las *fratrias* griegas o a las *markas* germanas. Cultivaban la papa, el maíz y la quinua y tenían rebaños de llamas.

Una revolución en esta estructura primitiva significó, sin duda, el establecimiento de autoridades permanentes y la formación de aristocracias paternalistas y eficientes, que dieron lugar a uno o varios *reinos collas*, antes del advenimiento del Imperio de los Incas, los cuales no hicieron sino continuar, elevar y perfeccionar esta experiencia de un tipo *sui generis* de sociedad de aristocracia comunal. El papel del grupo dominante, ilustrado y planificador, se justificaba a sus ojos por la organización decimal de la población para fines de control de la producción, de la construcción de palacios, fortalezas, templos, acueductos y caminos, y el reto de la guerra. El común del pueblo estaba desprovisto de los medios de ilustración de que gozaba la clase alta; su obligación era trabajar durante toda su vida útil, pero lo hacía cantando en las ceremonias de la siembra y la cosecha y en la construcción de las obras públicas.

Presumiblemente, la ciudad real, el santuario más destacado y el más importante observatorio astronómico del principal de los reinos aymaras preincaicos fue Tiwanaku, cuyo nombre original mismo se ha perdido, suponiendo algunos que era Wiñay Marca o “Ciudad Eterna”.

Para entender con precisión el “tiempo y el espacio” que en la evolución andina ocupa Tiwanaku es preciso referirse al conjunto de culturas que florecieron en esta parte del mundo, antes, contemporáneamente y después. Vale la pena que el lector conozca el cuadro general de las mismas que ofrece Ibarra Grasso en su obra *Arqueología boliviana*:

Viscachanense: pueblos recolectores muy primitivos, con cultura de lascas y sin puntas de lanza. Su origen se remonta a más de 20 000 años.

Ayampitínense: verdaderos cazadores, comparables con Folsom en América del Norte y con el Solutrense en Europa; tres distintos niveles de desarrollo; el segundo de ellos tiene una antigüedad en la Argentina de 6 000 años antes de nuestra Era y en el Perú de 7 500 años.

Cultura megalítica o de los túmulos: agricultores, con utensilios de piedra pulida, cerámica sin pintura, tejidos, cobre y oro; su origen debe remontarse a antes de 1 000 años de nuestra Era; existe una datación

por el método del Carbono-14, relativa a la localidad de Huanicarani en el Altiplano, correspondiente a un nivel primitivo de la cultura, que indica 800 años antes de nuestra Era.

Tiahuanacuy I, II y III o antiguo, chiripa, sauces, tupuraya y mojocoya: primeras culturas con cerámica pintada en Bolivia, con motivos de dibujos casi exclusivamente geométricos; su comienzo se remonta, según análisis con Carbono-14, a unos 600 años antes de nuestra Era para la zona de Chiripa, durando hasta poco después de Cristo en la zona altiplánica y hasta bastante más tarde en los valles.

Cultura nazcoide: derivada de Nazca, aunque no en forma directa, y con elementos recuay; pintura en cerámica con motivos naturalistas, estilizados, con figuras humanas y animales, muy polícroma; debe entrar en Bolivia poco después de nuestra Era, y forma la base del tiahuanaku clásico, siguiendo luego hacia los valles en donde toma nuevos desarrollos.

Tiahuanaku clásico, desarrollos nazcoide, mojocoya y tarija polícromo: en el sur del Lago, por influencia nazcoide, se desarrolla la civilización de tiahuanaku, que no tuvo mayor expansión en esta época; en los valles de Cochabamba, Chuquisaca y Tarija, se desarrollan las culturas nazcoide, mojocoya y, posiblemente, tarija polícromo; es probable en Chuquisaca un nivel antiguo de la cultura Huruquilla, derivada en parte de la Tupuraya anterior.

Tiahuanaku expansivo, yampará: hacia mediados del siglo VIII d. J. C. se produce la gran expansión tiahuanacota, que domina en Cochabamba, el norte de Potosí y Oruro, La Paz, el norte de Chile y la mitad del Perú, a más de su costa hacia el Norte. Al sur de esta expansión, en Bolivia, continúan las culturas anteriores. Al finalizar el periodo se produce la aparición de la cultura yampará, que dura hasta la conquista incaica.

El reino Colla y las culturas potosinas: se trata de una continuación del tiahuanaku expansivo en cuanto a su difusión territorial, y también en algunas formas y dibujos sobre cerámica, particularmente en el estilo Mollo; al Sureste continúa el yampará y existen las culturas huruquilla, yura, chaquí, atacameña y chicha, cuyo origen puede ser anterior para estas últimas.

El dominio incaico: se produce hacia 1438, por la conquista del Reino por Pachacutec, el cual se hace nombrar monarca; la región sur del país —Chuquisaca, Potosí, Oruro y Tarija— fue conquistada más tarde, hacia 1470, por Tupac Yupanqui, hijo de Pachacutec.

El arqueólogo boliviano Carlos Ponce Sanjinés dice: “Se ha logrado establecer tres estadios de desarrollo para Tiwanaku: el aldeano, el urbano y el imperial. Tiwanaku fue ostensiblemente ciudad antaño en las épocas III, IV y V.

Es esta última capitalidad de un imperio, constituido por expansión de tipo militar. Se ha puesto en claro asimismo una secuencia cultural que

abrazo cinco épocas, siendo por supuesto la más vetusta la primera, que se remontaría hacia el primer milenio de la era cristiana”¹.

En la ciudad precolombina de Tiwanaku resaltan: la pirámide escalonada de Akapana, que tenía 18 metros de alto; el templo de Kalasasaya, formado por un terraplén gigantesco de 136 por 118 metros, para permitir la reunión de centenares de personas; y la puerta del sol, una enorme pieza lítica, en cuyo friso el investigador Arturo Posnansky vio un calendario completo. Lo interesante es que los muros ciclópeos de las construcciones tienen bloques de piedra que se ensamblan tan bien unas con otras que es imposible introducir entre ellas la hoja de un cuchillo. El signo escalonado *tiwanakota*, que se repite en el adorno de las piezas cerámicas y en la escultura tuvo, probablemente, la importancia de un lenguaje ideográfico abstracto hoy aún no descifrado.

Cuando el inca Mayta Kapac cruzó, en plan de conquista, el río Desaguadero y se internó en la región colla, no encontró sino dos reinos aymaras en plena disensión, a los que sometió, y las ruinas, ya deshabitadas, de Tiwanaku. Nadie sabe qué suceso humano o que cataclismo causó su pereclitación, hasta trocarla en una ciudad fantasma.

No obstante, la lengua, las instituciones económicas y la cultura aymara tuvieron tal vigor que los incas anexaron la región a su imperio, como su provincia más vasta, rica y valiosa —el Collasuyo—, respetando sus características propias. El dios Sol, *Inti*, y las deificaciones de las montañas — los *achachilas* y los *machulas*— fueron a aumentar la legión de los dioses del Tawantinsuyu. Así, los mitos y las leyendas aymaras, conservadas por tradición oral, pervivieron hasta los cronistas españoles y, aún, hasta nuestros días.

El imperio incaico supo organizar la producción y la administración del Estado en forma admirable pero desigual: las tierras comunes, cuyo dominio eminente pertenecía al soberano, se distribuían anualmente, para permitir la rotación de los cultivos, según la capacidad de trabajo del hombre y de la mujer. La producción bruta se distribuía en tres partes: dos para el estamento dominante y uno para los productores. De aquéllas, el Estado proveía a una especie de seguridad social, evitando la mendicidad y el abandono de los huérfanos, viudas, desvalidos y ancianos.

El pueblo común —los *jatunrunas*— fue primero agricultor, luego pastor y, por último, sin que exista una división clara del trabajo, artesano, artífice, minero, constructor, guerrero, etc. En el tiempo libre que dejaban las faenas de la tierra, los varones en edad de trabajar eran reclutados mediante la *mita* para los grandes trabajos públicos, corriendo su mantenimiento a costa de los graneros y depósitos imperiales.

Los incas perfeccionaron un sistema de contabilidad mediante la

1. Carlos Ponce Sanjinés, “La cerámica de la época I de Tiwanaku” *Puma punku* (La Paz), Instituto de Cultura Aymara de la H. Municipalidad, n° 2, segundo semestre de 1970 y primer semestre de 1971, p. 7 y 8.

notación en cuerdas de lana de varios colores, anudadas según una clave que les permitía recordar tanto el detalle preciso como el asunto global. Esas cuerdas eran los *kipus*, destruidos en su mayor parte por la saña cristianizadora de los invasores blancos.

En Cuzco, la capital de Tawantinsuyu, existía una escuela para los hijos de la nobleza inca, de la de las provincias y de la de las tribus conquistadas, donde se impartían todos los conocimientos y el saber de la época. De allí salían los sacerdotes, los magos, los sabios, los artistas, los administradores, los contables, los ingenieros, los aedas, los dramaturgos y los jefes militares.

La aristocracia del imperio incaico tenía vestiduras finas y variadas y joyas de oro y de plata. Los *jatunrunas*, en cambio, usaban atuendos de telas bastas, distintos según las diversas regiones imperiales, estándoles prohibido trasladarse de un lugar a otro. Fuera del Sol, adoraban a sus dioses locales. Su organización era gentilicia.

Las normas morales, religiosas y legislativas no eran conceptos separados : un delito era a la vez un pecado, y las penas, severas hasta para las simples infracciones. El saludo que los habitantes del imperio incaico se dirigían era un compendio de su código ético y legal: *ama sua, ama llulla, ama khella* (no seas ladrón, embustero ni perezoso), lo que correspondía bien a una sociedad donde el trabajo era la primera obligación; tanto, que el inca y los nobles volvían a trabajar la tierra varios días cada año, y el ser humano representaba el principal capital y la mayor fuente de energía.

Las manifestaciones culturales, en las que el arte se entrelazaba con los ritos religiosos y con el culto del poder incaico, eran más sofisticadas para la clase dominante, pero trascendían también al pueblo en las numerosas festividades de homenaje a la *Pachamama* (madre tierra), a la siembra y a la cosecha, siendo las fiestas más importantes las correspondientes a los solsticios de invierno y de verano, conocidos como *intí raymis* o fiestas del Sol. Allí el pueblo escuchaba la historia oficial en los relatos y los versos de los *amautas* (sabios), contemplaba las pinturas de sus dioses e incas y asistía a representaciones teatrales, a la vez que contribuía, por su parte, con extensos grupos de bailes rituales y de músicas, varias de cuyas manifestaciones, con los cambios introducidos por el transcurso del tiempo, han llegado hasta nosotros. La extraordinaria disposición de los indígenas aymaras y quechuas para el cultivo de las actividades artísticas, como se vio luego en la Colonia y la República, proviene de este pasado multientenario. El drama quechua *Ullanta*, que Ricardo Rojas y otros tradujeron por *Ollantay*, puede parangonarse con la tragedia griega.

Una de las características más salientes de las sociedades de aristocracia comunal parece ser su persistencia e inmutabilidad como sistema económico sustentado en la propiedad agraria colectiva, coronado por el grupo privilegiado usufructuario, a la vez que la posibilidad de cambios

y recomposiciones en la cúpula de la vida política y del aparato estatal. Después de los reinos collas vino el imperio incaico, sin que esa base económica se hubiese modificado.

El inca Huayna Kapac dividió el imperio en dos reinos independientes: el de Cuzco para el heredero legítimo Huáscar, y el de Quito para el ilegítimo Atahuallpa. Pronto se encendió entre ellos la guerra civil, que coincidió con el descubrimiento del nuevo continente y la conquista de América, que sería fatal para las culturas nativas.

La dominación colonial blanca

El año de 1532 fue aquel en que un puñado de soldados españoles, cubiertos de armaduras y cotas de malla, blandiendo armas de acero, dotados de arcabuces y de corceles, vencieron la escasa resistencia de los miles de hombres del último inca, Atahuallpa, asombrados, pasmados y empavorecidos. Sobre la sangre de los guerreros quechuas masacrados por los recién llegados, se desplomó el imperio andino. La victoria de Francisco Pizarro no fue un mero episodio accidental, ni siquiera una revolución política, sino un cambio completo en todos los órdenes.

La primera transformación que se produjo, resultado de los embates de la conquista hispánica, afectó al horizonte religioso y cultural. Los templos incaicos fueron saqueados, luego del cobro del rescate del inca, las imágenes de los dioses destruidas, los santuarios demolidos, y los sacerdotes asesinados. La efigie del dios Sol fue reemplazada, a sangre y a fuego, por el símbolo de la Cruz. De la desaparición de la liturgia solar, de las esplendorosas ceremonias, de los cánticos sacros, se salvaron, escondidos en las oquedades de las montañas, apenas los ritos de los médicos brujos y sacerdotes locales, los *yatiris*, que siguen aún hoy día en funciones.

Los españoles no pudieron aniquilar los idiomas nativos, los ritos comunales, las danzas, la música, la vestimenta, las fiestas que —en un proceso de mestización religiosa o sincretismo— reaparecieron finalmente, en las festividades del santoral católico, bajo un barniz, más o menos leve, de cristianismo.

La segunda transformación fue la de la estructura económica y social. A la conquista siguió la organización de la sociedad. La minería de los metales preciosos —el oro y la plata—, estructurada sobre relaciones de trabajo no asalariado, sino de servidumbre, mediante la reimplantación de la *mita*, que asumió la forma de una leva periódica de mano de obra indígena gratuita para el trabajo forzado, representó la actividad inicial directamente ligada a la exportación hacia la metrópoli de ultramar, de acuerdo a las características de un mundo ya mercantilista.

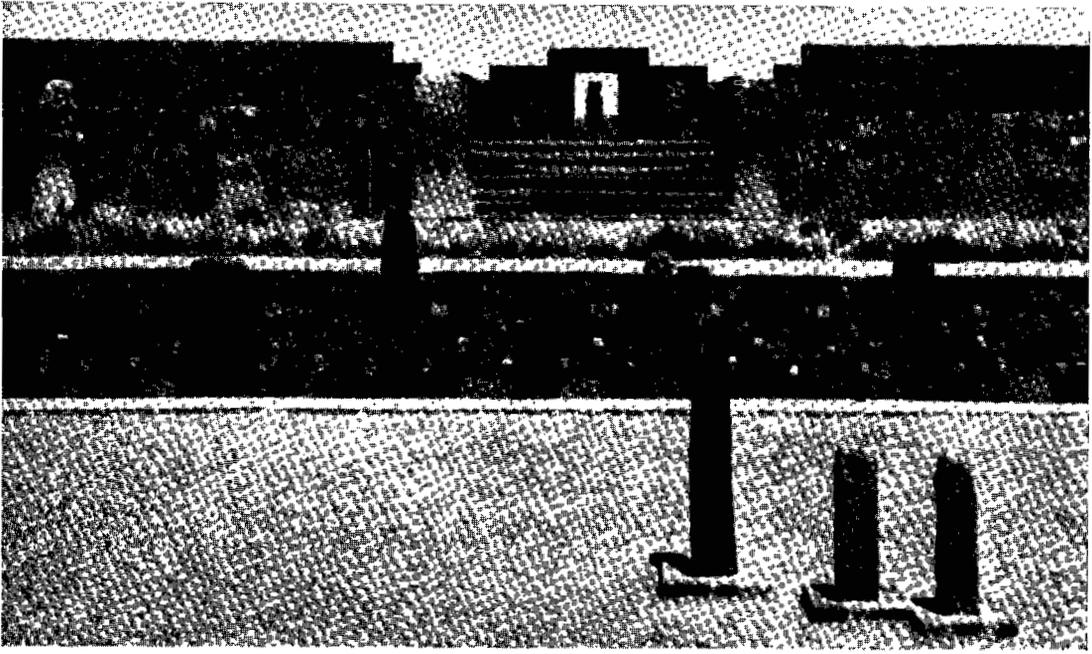
Junto a las minas se organizaron las ciudades como centros de dominación blanca y de administración colonial. La producción extractiva y



1. Un puma del templo animístico al aire libre, en Samaipata, cerca de Santa Cruz (cultura inca), bárbaramente desfigurado por visitantes que graban nombres y siglas.

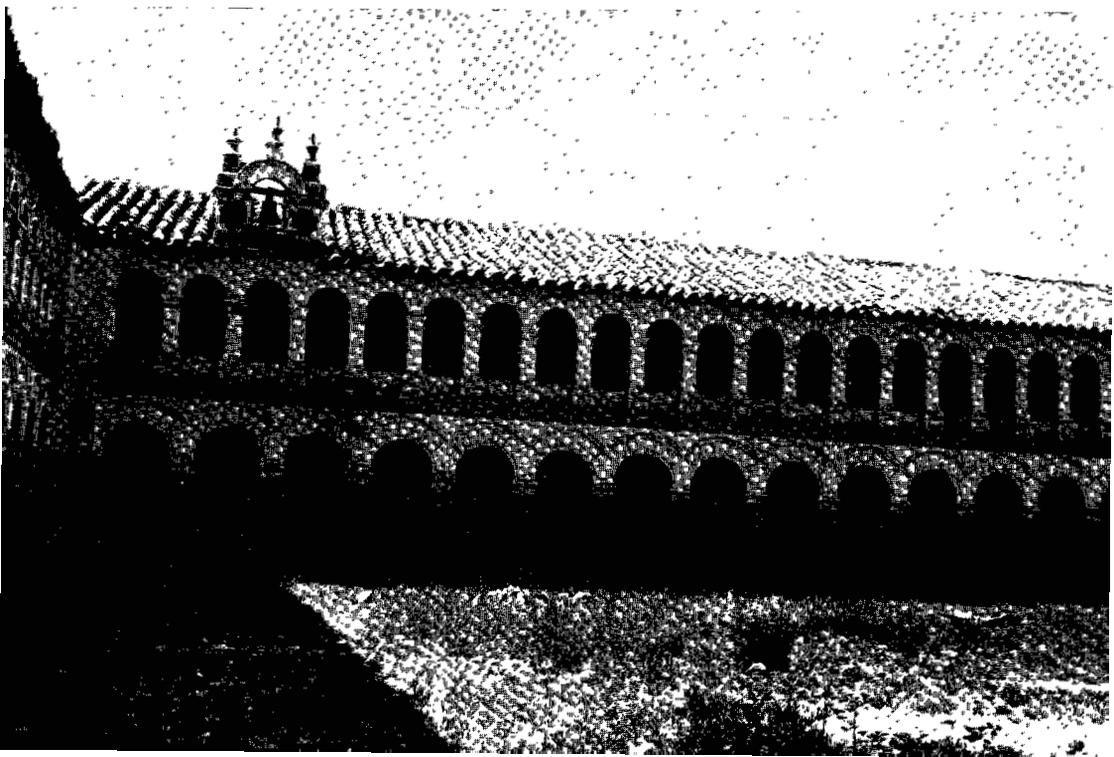
2. Cabeza antropomorfa estilizada en cerámica, de la cuarta época de Tiwanaku.





3. El templete semi-subterráneo y kalasasaya, en Tiwanaku.

4. Patio del convento de Santa Mónica, en Potosí.
Pertenece al periodo de la colonia española.



la vida urbana estimularon el trabajo de la tierra para la producción de alimentos. El repartimiento de haciendas y la encomienda de almas originó la translación al ámbito de lo que había sido el Collasuyo del latifundio español, con la tecnología del arado faraónico y la yunta de bueyes, el cultivo extensivo y el empleo de la servidumbre gratuita de los indios que se llamó *pongueaje* (palabra derivada de *pongo* o siervo). El latifundio colonial no suplantó íntegramente la vieja comunidad originaria, sino que la relegó a las regiones menos productivas, manteniendo el *ayllu* como fuente de provisión de brazos para la *mita*.

La estructura minero-latifundista, que persistió en Bolivia hasta mediados del siglo xx, combinada con la organización clásica agraria y la viviente cultura indígena, produjo un activo mestizaje en todo orden, resultante en una estratificación social en la que las distinciones de corte racial o racista correspondían a diferencias de clases. En la cúspide de la dominación estaban los blancos (con mando económico y político), los criollos (blancos nacidos en América, con mando económico y sin mando político), los cholos (hijos de blancos e indios, ocupados en labores artesanales y de comercio) y los indios (la masa indígena utilizada en el trabajo servil). Junto a estos últimos habría que clasificar a los negros esclavos traídos del Africa, de número reducido y que se extinguieron casi completamente.

En la esfera cultural, la arquitectura eclesiástica y las construcciones civiles que se importaron de la península ibérica, en manos de albañiles, picapedreros y talladores indígenas y mestizos, se transformaron mediante la adición de elementos típicos del Nuevo Mundo, creando el barroco colonial. La pintura venida de Europa con los maestros manieristas, de influencia italiana, se cambió, también en manos de los pintores indios, en el estilo mestizo de la escuela potosina, principalmente.

En la música profana, la vihuela peninsular y el caparazón del armadillo o *quirquincho*, dieron lugar a un nuevo instrumento: el *charango*. Arriba, en los salones de los blancos se bailaban las danzas españolas, y abajo, entre los indios, los bailes precolombinos como el *huayño*, el *yaraví*, la *llamerada*, etc. En el medio, como fruto del mestizamiento, surgieron las danzas adaptadas como la cueca, el pasacalle, el bailecito chuquisaqueño y, en las procesiones religiosas, las danzas rituales precolombinas volvieron a surgir al lado de otras nuevas de parodia de las costumbres españolas, como los *wakatok'oris* (remedo de los toreros), la *morenada* (remedo de los militares), etc.

Andando el tiempo, el mismo castellano peninsular fue adquiriendo vocablos indígenas, principalmente del aymara y del quechua, y cambiando el tono de la pronunciación. Se eliminaron, en la parte occidental del territorio boliviano, las pronunciaciones peculiares de la *c* y de la *z* castellanas, y en la parte oriental la *s* silbante se hizo simplemente aspirada, dando lugar al castellano-colla y al castellano-camba, respectivamente.

Conviene mencionar algunos nombres de personalidades nacidas en este suelo que, en los tres siglos de dominación española de Charcas, o Alto Perú, contribuyeron de manera notable al desarrollo de la cultura. Son: Bartholomé Arzans de Orsua y Vela, maestro e historiador, autor de la monumental *Historia de la Villa Imperial de Potosí*; Melchor Pérez de Holguín, pintor de la escuela de Potosí; Bernardino de Cárdenas, sacerdote y escritor paceño, obispo de Asunción del Paraguay, con destacada actuación política frente a los jesuitas; Pedro Nolasco Crespo, naturalista paceño, Francisco Tito Yupanqui, escultor paceño, autor de la imagen de la Virgen de Copacabana; Julián Apaza, alias Tupac Catari, jefe de la rebelión indígena de 1781, paceño; Gaspar Escalona y Agüero, economista y jurista chuquisaqueño; Antonio de la Calancha, escritor chuquisaqueño, autor de la *Crónica moralizada*, Juan Huallparimachu, poeta potosino, lugarteniente de la guerrillera Juana Azurduy de Padilla.

Desde la Independencia hasta hoy

En la época de la colonia no hubo paz. Desde el comienzo, las guerras civiles entre los conquistadores ensangrentaron el altiplano y la selva. Los abusos de las autoridades locales dieron lugar, más tarde, a insurrecciones populares urbanas, como las de Alejo Calatayud en Cochabamba, Antonio Gallardo en La Paz, Sebastián Pagador en Oruro. En 1781, los dominados, esto es, los indígenas, protagonizaron un extenso levantamiento que abarcó el virreinato del Perú y la Audiencia de Charcas (Bolivia), que conmovió el edificio de la explotación española, pero fue sofocado brutalmente atribuyéndose su fracaso a no haber desarrollado suficientemente la alianza del campo con la ciudad. Finalmente, desde 1805, hubo un intenso trabajo de los criollos para desencadenar movimientos de rebelión contra el monopolio administrativo colonial, que derivaron en lucha independentista.

El aplastamiento de las revoluciones del 16 de julio de 1809 en La Paz, encabezada por Pedro Domingo Murillo, y del 25 de mayo de 1810 en Chuquisaca, dirigida por los hermanos Zudáñez, dio lugar a la formación de partidas guerrilleras, que duraron hasta 1825, resultando esa lucha de los guerrilleros de la independencia decisiva para impedir que el Perú colonial, convertido en plaza fuerte de la contrarrevolución realista, aplastara los focos revolucionarios de Caracas y de Buenos Aires.

La creación de la República de Bolívar (después Bolivia) al término de la larga guerra de 16 años, gracias a la entrada en el altiplano del Ejército Libertador al mando del general Antonio José de Sucre, no alteró las bases económicas de la sociedad: fue una revolución política (de cambio de latifundistas españoles por latifundistas criollos), mas no una revolución económica. El ideal bolivariano de una sola nación hispanoamericana

resultó irrealizable por el nacimiento de repúblicas oligárquicas, atomizadas y débiles.

En las postrimerías del siglo XIX la decadencia de la minería de la plata fue absoluta. La revolución liberal, de jóvenes laicistas y partidarios del positivismo francés, trasladó de Sucre (la antigua Chuquisaca) a La Paz, la sede de gobierno de Bolivia, organizando allí el marco a la nueva actividad predominante: la minería del estaño, que permitió la formación de las grandes fortunas de Patiño, Aramayo y Hochschild. Paralelamente, la penetración inglesa iba siendo sustituida por el ingreso del país en la zona del dólar.

La dominación de los “barones del estaño” y de los señores de la tierra acabó en 1952, cuando el pueblo en armas impuso el proceso liberador y democrático de la Revolución Nacional, dentro del panorama de descolonización y de independencia económica del Tercer Mundo. Aunque muchos consideran que este proceso quedó frustrado e inconcluso, dando pábulo a procesos contrarrevolucionarios, lo cierto es que modificó profundamente las estructuras fundamentales de Bolivia, mediante la nacionalización de la minería grande y la Reforma Agraria, que abolió el latifundio feudal y emancipó al campesinado indio, convertido hoy en minifundista.

El prolegómeno más importante de dicha revolución, fue la guerra del Chaco con el Paraguay, entre 1931 y 1935, que terminó con la derrota de los ejércitos bolivianos y la pérdida de un territorio inmenso. Dejaron su vida 50 000 jóvenes de las clases humildes, en su gran mayoría, mas de los tórridos pajonales chaqueños, donde el flagelo de su martirologio estuvo formado por la sed, el hambre y la disentería, nació un profundo descontento, que señaló como culpables de tal situación a los gobiernos de la oligarquía minerofeudal y a la Standard Oil Co.

El nuevo espíritu de crítica y rebelión se expresó en un vigoroso movimiento literario y artístico, del que son facetas la literatura del Chaco y la pintura indigenista, con una pléyade de creadores y pensadores, de los que nos ocuparemos más adelante.

La cultura boliviana de hoy, en sus mejores expresiones, no reniega de su paternidad europea ni de su maternidad indígena. Alzándose sobre la experiencia de mestización durante cuatro siglos, la sublima con la sana y justa pretensión de crear un arte, una literatura y una cultura que, aunque aún inacabada, es ya auténtica y rica dentro de la originalidad y riqueza cultural del mundo latinoamericano.

Los grupos étnicos y la realidad pluricultural boliviana

Bolivia es, esencialmente, un país multiétnico, esto es, que en él conviven, a lo largo y lo ancho de su territorio, varios pueblos de razas distintas, lenguas diferentes y grados diversos de evolución histórica. No todos ellos se encuentran en un mismo plano de trato y gozan de idénticas prerrogativas. Pese a que la Constitución Política del Estado consagra la igualdad de todos los habitantes ante la ley, aparte de las diferencias sociales entre pobres y ricos, en el fondo de las costumbres, cuyo imperio es prioritario, existen menosprecios y discriminaciones raciales de los llamados “blancos o decentes”, independientemente del color de su tez, en relación a los mestizos o cholos y los indios.

Los factores de la separación, superposición y segregación cultural, que producen los fenómenos sociológicos de aculturación y transculturación, obran simultánea y contradictoriamente junto a los factores de la mezcla o sincretismo cultural. Los factores de una y otra especie se desenvuelven, chocan, se repelen o se amalgaman en una misma marmita de la que, a la larga, habrá de salir un producto nuevo. Ello no obstante, por razones metodológicas, consideramos necesario examinar la realidad pluricultural boliviana, distinguiendo los componentes del mundo oficial de habla castellana y los mundos nativos de lenguas vernaculares los que, asimismo, pueden ser subdivididos en dos grupos: el de los indígenas andinos y el de los indígenas de la selva.

El mundo castellano-parlante

La cultura escrita de Bolivia se desarrolla por medio de la lengua castellana, que en el extranjero suele llamarse “española”, aunque España es poseedora de varios idiomas. El castellano es en Bolivia el idioma de los actos oficiales, de la convivencia de los núcleos centrales de las

ciudades, de la educación sistemática y de los medios de comunicación masiva.

El castellano fue el vehículo de expresión humana por el que la cultura occidental llegó al país y se impuso como la parte más destacada y predominante del multifacético quehacer boliviano. Este valiosísimo aporte, legado de la colonización española, por el que la filosofía, la ciencia, la literatura, el arte y la tecnología de Occidente sentaron sus reales en gran parte de América Latina y, lógicamente en Bolivia, es el que conecta al país con la civilización y le hace parte, siquiera marginal, de ella.

La castellanización de los habitantes bolivianos de otras lenguas se concibe, frecuentemente, como un poderoso medio de unificación nacional y, en efecto, cualesquiera que fueran las perspectivas de reanimación y crecimiento de las lenguas nativas, puede asegurarse que el castellano —uno de los idiomas fundamentales de la integración latinoamericana— será, cada vez más, la lengua cohesionadora común a todas las etnias y regiones de la república central de Sudamérica. El presente y el porvenir del castellano es el de servir de puente entre las distintas culturas del país.

No faltan quienes aseguran que el castellano que se escribe y pronuncia en Bolivia es uno de los menos deformados del continente, mas tal aseveración es relativamente cierta sólo si se trata de los medios cultos. El castellano popular, en cambio, tiene una construcción gramatical llena de incrustaciones de las construcciones sintácticas nativas, aparte de que los idiomas precolombinos hacen sentir su influencia y gravitación mediante numerosos vocablos que se conocen como “bolivianismos”. El castellano nuestro no se encuentra estático o congelado sino sujeto a un proceso de metamorfosis bajo la presión de atmósferas distintas a las que reinan en la península ibérica.

La cultura dominante del país es la occidental castellano-parlante. Quizá uno de los motivos de reproche sea que dicha cultura fomentó y aún fomenta el eurocentrismo, o sea, el culto de los modelos culturales de los países industrializados, cuya vigencia es negativa para la revalorización y exaltación de lo que es nuestro. Se da el caso, así, de que las corrientes literarias y artísticas presenten, en su seno, manifestaciones más o menos notables de imitación, de factura, que se desenvuelven, sin autenticidad, en un falso medio de cosmopolitismo. Este es un vicio general en América Latina.

Dentro de dicha tendencia de enajenación cultural puede incluirse el hecho de que, en la enseñanza de la historia, los alumnos del ciclo medio aprenden más sobre los merovingios que sobre la situación de la minería de la plata de la Audiencia de Charcas en el siglo XVII.

Desde que, hace 40 años, el escritor boliviano Carlos Medinacelli emprendió una vigorosa crítica contra la cultura “postiza”, se va afirmando una corriente renovadora de revisión de los valores oficial-

mente admitidos, que podemos denominar de “nacionalismo cultural” y que se dirige a la búsqueda de la identidad supraestructural de Bolivia. Este nacionalismo no es xenófobo, no rechaza el aporte del exterior, pero juzga que éste, para ser válido, debe ser incorporado mediante formas apropiadas y racionales de selección y aclimatación, sobre la base de la revalorización del patrimonio cultural boliviano de todas las épocas.

Urus y chipayas

Las culturas andinas más vigorosas y que tuvieron un mayor grado de desarrollo son, sin duda alguna, las culturas aymara y quechua. Estas formaciones históricas humanas, en tiempos precolombinos, cuando constituyeron reinos o imperios, relegaron a una situación marginal, por la imposibilidad de asimilarlas, a otras menores que se encontraban en estadios inferiores de evolución, prácticamente en la etapa de la pesca, la caza y la recolección de frutos silvestres. Las culturas marginales andinas más destacadas, existentes aún en nuestro tiempo, son las de los urus y de los chipayas.

Los urus, que viven en los alrededores del Lago Poopó, en el Departamento de Oruro, tienen lengua, vestimenta y costumbres distintas de los grupos indígenas de mayor envergadura. Constituyen sus aportes a la cultura, que se observan nítidamente en la propia ciudad orureña, la fuerte persistencia de ligazones de la gente humilde de los barrios populares con sus comunidades indígenas de procedencia, y el respeto a sus autoridades, así como la difusión del culto a sus dioses: al “Tío”, que representa al viejo dios Huari (la vicuña), al sapo, a la serpiente, configurada por las montañas circundantes, y a las hormigas que, según la leyenda, se convirtieron en los arenales que circundan la ciudad de Oruro.

Los chipayas moran junto al río Lauca, en la frontera de Bolivia con Chile, en la zona del salar de Coipasa, en tierras extraordinariamente avaras, donde cultivan la quinua y crían pequeños hatos de llamas y ovejas. También de lengua distinta y vestimenta diferente a las de los quechuas y aymaras, van pasando de sus antiguas casas circulares a las rectangulares. Persisten entre ellos música, danzas e instrumentos que no se encuentran en otra parte, y extraños ritos. Así, en el día cristiano de difuntos, el 2 de noviembre, los chipayas rinden homenaje a sus *achachilas* —la cordillera y el río— en el templo católico desprovisto de sacerdote y desentierran los restos de sus antepasados para agasajarlos.

Tanto urus como chipayas se encuentran en un progreso de asimilación de elementos diversos de la civilización, y de aculturación más o menos rápida por esta causa.

Veamos, ahora, las culturas mayores del Ande boliviano.

Aymaras

Los aymaras, de lengua dura, son los habitantes del altiplano paceño, de parte de Oruro y de parte de Nor Potosí. Cuentan con la mayor riqueza cultural de los pueblos indígenas, riqueza que influye poderosamente en el ambiente urbano de las ciudades de la región. Los mitos y leyendas, el cancionero, las danzas, las máscaras y otros elementos que constituyen su folklore, son de una variedad y de una exuberancia impresionantes. Ellos han impuesto el *huayño*, como pieza musical, y danzas como la *llamerada*, que es el ritual del cuidado de las llamas; los *chutas*, parodia de la vida campesina; la *cullaguada*, un baile también ritual, y otros.

Quechuas

Los quechuas, de lengua dulce, que fue la oficial del imperio incaico, habitan en Cochabamba, Chuquisaca, parte de Oruro y parte de Potosí, si bien su influencia, en cuanto a la toponimia y a la persistencia de palabras indígenas en el castellano, se extiende hasta Tarija al sur y Vallegrande al este. Las tradiciones, las leyendas, la teogonía, la poesía y el teatro quechuas son de gran importancia, pero el cancionero y el folklore de danzas es algo más limitado que el de los aymaras. El hecho de que el carácter de los indígenas quechuas muestre mayor extraversión que el de los aymaras, conocidos como introvertidos, ha permitido que el quechua que se habla en Bolivia, especialmente en las zonas de influencia inmediata de las ciudades, se haya desnaturalizado en no pequeña parte con la introducción bárbara de voces castellanas.

Aymaras y quechuas viven, en el campo, en casas rectangulares de un solo nivel, hechas de adobe, es decir, de bloques de tierra amasada con paja y sin cocer, habitualmente junto a corrales de animales o en promiscuidad con ellos. Los varones usan una vestimenta bastante occidentalizada, aunque de modelos anticuados, combinados con el *lluchuchu* (en aymara) o *chulu* (en quechua), que es un gorro de lana, puntiagudo y con orejeras, y el *poncho*, que es una creación híbrida o mestiza del tiempo colonial (remedo de capa), consistente en un amplio rectángulo con una abertura central para pasar la cabeza. Dichas prendas son de tonos sobrios o multicolores. Las mujeres usan una saya amplia y de muchos pliegues, denominada *pollera*, una *manta* que les cubre las espaldas y los hombros y un *sombrero*, de formas y textura distintas según las regiones, que permite la fácil identificación de su procedencia.

Se calcula que cada una de estas etnias —la quechua y la aymara— cuenta con alrededor de un millón y medio de miembros.

En los lugares más alejados persisten ritos y costumbres, poco o

nada conocidos de los bolivianos de las ciudades. Citaremos dos de ellos.

En la región de Nor Potosí, donde conviven la lengua aymara y la quechua, se celebra anualmente el *tinku* o lucha entre las comunidades tribales de la región, que viene a ser la reducción de antiguas guerras clánicas a la forma de un acontecimiento religioso, deportivo y espectacular. Los campeones de las comunidades contiguas y rivales, las de los laimes y los jucumanis, designan campeones que, dotados de cascos, pectorales y brazales de cuero, así como de guantes del mismo material con armadura de hierro, contienden sangrientamente, incluso hasta la muerte. Si acaso no se produjera este fatal desenlace, la creencia asegura que los dioses mandarían un año agrícola malo. Se beben abundantes bebidas alcohólicas y, a veces, el *tinku* se convierte en una batalla campal.

También en Potosí, en la época de celo de las llamas, hay comunidades que celebran una singular fiesta. Las llamas hembras son encerradas en un recinto y se lleva a las llamas machos a las alturas de los cerros. Al son de *pututus* (cuerno de res) y de músicas, se sueltan los machos que corren al encuentro de las hembras para fecundarlas —acto de promisorio aumento de los rebaños— en medio de ofrendas de los *yatiris*, o brujos indígenas, a los dioses vernaculares. Cumplida dicha función, las muchachas jóvenes de la comunidad huyen a campo traviesa, perseguidas por los muchachos, repitiéndose la ceremonia en escala humana. Estos encuentros rituales del amor suelen proporcionar matrimonios campesinos muy sólidos.

Uno de los muy fuertes elementos culturales y sociales de origen indígena quechua-aymara y otros, es la institución del *tantanacu* (voz quechua), conocido en la parte sur de Bolivia como *sirviñacu*. Esta institución reina soberana en el campo y en gran parte de las ciudades, en los barrios populares o marginales. Consiste en el matrimonio de prueba de las parejas jóvenes, por uno o dos años (a veces se prolonga indefinidamente), de modo que los interesados puedan experimentar su capacidad de ajuste a la vida conyugal. Luego, el matrimonio civil puede formalizarse conforme a las leyes de la República, y aún el religioso. En cuanto a la situación de los hijos, no hay mayormente problemas debido a que los padres suelen reconocerlos ante la ley. La prédica de las instituciones religiosas de que el concubinato es un pecado no ha tenido ni tiene mayores frutos.

La propia Constitución Política del Estado y el Código de Familia bolivianos, ante evidencias tan fuertes, han tenido que reconocer la legalidad del matrimonio de hecho o unión singular entre personas capaces de contraer el matrimonio legal. Según las leyes del trabajo, en caso de muerte del trabajador, las indemnizaciones salariales se pagan a la conviviente sin necesidad de presentación del certificado de matrimonio civil.

Otra institución lozana de los pueblos aymara y quechua es la de los *yatiris* o médicos-brujos. Los más afamados de ellos son los callaguayas, comunidad de habla quechua en medio de la zona aymara (presumiblemente como resultado de un *mitimacu* o sistema incaico de trasladar a grupos numerosos de un lugar a otro como medio de colonización o como castigo colectivo). Los callaguayas transmiten sus conocimientos de padres a hijos, hablan una lengua arcana (que se supone es el idioma secreto de los incas), y son incansables viajeros no sólo por Bolivia sino por gran parte de Sudamérica. Combinan una sabia medicina herbolaria con ritos, fabricación de amuletos, adivinaciones y consejos psicológicos.

Una muestra de la difusión y del crédito de los *yatiris* es que, aún en las clases altas, ante la seguridad de la impotencia de la medicina científica oficial en ciertos casos clínicos, se apela, en último extremo, a los servicios de los *yatiris*.

Desde siempre, las artesanías de los careteros (o fabricantes de caretas) y de los bordadores de trajes para los danzantes fueron una necesidad cultural del pueblo. Sin embargo, las manifestaciones de la cultura indígena, su religiosidad, sus ritos, sus danzas, su música, sus vestimentas ceremoniales, su lengua, etc. merecieron hasta bien entrado el siglo xx el desprecio, el repudio y el odio del mundo blanco castellano-parlante. Fue necesario que la guerra del Chaco pusiera en contacto a la juventud campesina y ciudadana en los sufrimientos de las trincheras y que el descontento general cristalizara en varios intentos gubernamentales reformistas y en la insurrección popular de 1952, conocida como la Revolución Nacional, para que se reconociera la importancia de esas manifestaciones culturales. La política de revalorización de lo nuestro, que se intentó desde la década del 30, dio sus frutos recién en las décadas del 60 y del 70. Las expresiones culturales indígenas han recobrado su sitio de prestigio y van a ser —tal es la perspectiva— el mayor atractivo del turismo interno e internacional. Como consecuencia de esta revalorización, el carnaval de Oruro (que es un ritual al dios *Huari*, transpuesto en forma de homenaje a la Virgen de la Candelaria) y las fiestas religiosas del Gran Poder en La Paz, de la Virgen de Urkupiña en Quillacollo (Cochabamba), de la Virgen de Cotoca en Santa Cruz, de la Virgen de Guadalupe en Entre Ríos (Tarija), etc. han adquirido o van adquiriendo un esplendor inusitado.

Los gremios de bordadores de trajes y de careteros han incrementado su labor, dando pruebas de extraordinaria inventiva que prosigue la tradición y creando piezas más sofisticadas, completas y de un barroquismo deslumbrante.

Un acontecimiento de singular importancia cultural es el abandono del aislamiento que los grupos indígenas han realizado en los últimos 15 ó 20 años, gracias a la introducción de la radio de transistores, lo que ha significado, en el ámbito rural boliviano, una verdadera revolución en el dominio de la comunicación humana. La música vernácula de

distintos lugares se ha difundido rápidamente, las noticias del país y del mundo llegan a los campesinos al instante y, lo que es muy importante, los idiomas nativos predominantes —el quechua y el aymara— son cada vez más usados en horarios matinales de las estaciones transmisoras y, en algunas de ellas, a tiempo completo. El primero en aprovecharse del incremento del auditorio radiofónico nativo ha sido el comercio, para inducir a la masa agraria a comprar, so pretexto de civilización, artículos cosmopolitas que aquélla no necesita. Junto a este factor negativo, y con las fallas de concepción que son fáciles de suponer, ha irrumpido en las emisiones el radioteatro y la radionovela en aymara y quechua, lo que, frente a la anterior realidad de ausencia de cultura organizada de masas, es un paso adelante, un peldaño que no debe ser desdeñado.

Hace algunos años, la Universidad Técnica de Oruro ensayó, con buen éxito, la puesta en escena de obras nativas para públicos indígenas y, últimamente, en 1976, un grupo teatral cochabambino llevó a las tablas, en castellano, una serie de cuentos populares quechuas en torno a la figura del *cumpa Atoc* o el compadre Zorro, con notable apoyo de los espectadores.

En la ciudad de La Paz funcionan el Instituto de Enseñanza de Lenguas Nativas y el Instituto de Cultura Aymara de la Municipalidad, que tiene expresamente la finalidad de revitalizar, impulsar y cultivar el idioma aymara. Uno de sus principales animadores, sin desmerecer a otros, es el profesor Juan de Dios Yapita. En Cochabamba, el centro cultural Portales y el escritor Jesús Lara son los principales impulsores de la cultura quechua.

La Constitución Política del periodo de la Revolución Nacional reconoció al castellano, al aymara y al quechua como lenguas nacionales oficiales. Una constitución posterior, que es la vigente, revisó esta posición, y ahora existe un movimiento que busca el reconocimiento de tales idiomas nativos como idiomas nacionales de categoría legal, tal como se ha hecho en el Perú con el quechua.

Las culturas de la selva

En la época anterior a la presencia de las misiones hispánicas en la selva de lo que hoy es Bolivia, los indígenas se encontraban en grados variables de salvajismo. “Mientras que la economía de la recolección y de la caza sólo permitía un nivel de vida limitado a grupos como el de los aroróde, otros grupos, como son los mojos, baures y chanés —de idioma aruak— se encontraban en los umbrales de la alta cultura”, dice un estudio científico moderno ¹.

1. Jürgen Riester, *En busca de la Loma Santa*, La Paz, Cochabamba, Editorial “Los Amigos del Libro”, 1976, p. 343.

Las tribus indígenas de la selva habitan la parte oriental de Bolivia, desde la frontera con el Perú y el Brasil, al norte, hasta la frontera con el Paraguay y la Argentina, al sudoeste. Según las investigaciones realizadas por el abate Lorenzo Herbas en 1800, las lenguas matrices de tales tribus son el guaraní, el chiquitano y el zamuco. Otros autores consideran que existe un tronco común que sería la lengua tupí-guaraní.

Frente a los 3 millones aproximadamente de habitantes que suman los indígenas andinos, los selváticos, según el censo de 1950, llegaban en total solamente a 87 000. La población de las tribus era y es muy variable. A fines de la década del 60, el Instituto Lingüístico de Verano, que se halla a cargo de misiones protestantes o evangelistas, indicaba las siguientes cifras: araonas, 43; ayoreos, de 4 a 5 000; cavineños, 800; cayubabas, 75; chacobos, 170; chanés, 3 000; chimanes, 700; chiquitanos, 20 000; guarayos, 5 000; ignacianos, 3 000; itén-moré, 150; itonamas, 3 000; kanichanas, 75; lecos, 50; matacos, 500; yuracarés, 500¹.

Una creencia, grandemente extendida, es la de considerar que los indios del trópico son "seres irracionales semejantes a los animales".

Tal criterio simplista es falso, ya que los grupos llamados salvajes están dotados de todo cuanto se llama cultura, es decir de una totalidad de conocimientos, creencias, sistemas ético-religiosos, expresiones de arte y medios prácticos para la vida.

Durante el periodo colonial, los únicos que tuvieron éxito alentador en la sedentarización y anucleamiento de las poblaciones salvajes de los llanos tropicales de Bolivia fueron los jesuitas. Con sede en el Paraguay, organizaron un extenso territorio de economía autoabastecida, utilizando el desconocimiento de la propiedad privada de los naturales para establecer un sistema semejante al del incario: comunas agrícolas de producción colectiva coronadas por un estamento dirigente, planificador y paternalista formado por los misioneros de la Compañía de Jesús.

Entre la fundación de las reducciones jesuitas, obra de España para contener los avances portugueses desde el Brasil, y la expulsión de la Compañía decretada en 1767 hay una única época en la que, desde la conquista, los habitantes conocieron un cierto grado de bonanza debida al aumento de la productividad, la introducción de una tecnología de oficios artesanos desconocida hasta entonces, la enseñanza del catecismo, los cánticos religiosos y la música aunque, naturalmente, la mayor parte del producto social fue a parar al grupo dirigente. Con el catolicismo sucedió igual que en otras partes: el animismo siguió vigente a través o por debajo de la veneración de las imágenes de los santos.

1. Walter Hermosa Vireira, "Estudio sumario de los grupos selvícolas de Bolivia", *Pumapunku* (La Paz, Instituto de Cultura Aymara de la H. Municipalidad), nº 2, segundo semestre de 1970 y primer semestre de 1971, p. 78.

Después de la expulsión de los jesuitas sobrevino la decadencia y la fuga de muchos indígenas a lo profundo de la selva y a sus anteriores modos de vida errante. “Puede afirmarse, sin hipérbole” —expresa el historiador Enrique Finot— “que la decadencia que sufrieron la provincia de Santa Cruz de la Sierra y sus dependencias de mojos y chiquitos, con esa medida, no ha terminado en nuestros días”¹.

El paso de las reducciones a la administración civil colonial española se produjo sin grandes problemas. Bernd Fischermann y Jürgen Riester explican así dicho proceso: “Los jesuitas no les enseñaron [a los indígenas] a entender el sistema existente fuera de la reducción, de manera que la toma de reducciones, por parte de no-jesuitas, pudo darse sin contratiempos, aparte de algunos incidentes menores, y se pudo asumir así el control de poblaciones enteras”².

La nueva penetración por los blancos de la selva boliviana se produjo a fines del siglo pasado y principios del presente al incrementarse la explotación del caucho o goma elástica para la moderna industria internacional, en particular como consecuencia del crecimiento del transporte a base del automóvil. La necesidad de mano de obra barata hizo que los empresarios y reclutadores utilizaran todos los medios —desde el engaño hasta formas atroces de violencia— para convertir a los salvajes en mano de obra vil. Pasada la época del caucho, como efecto del uso de sustitutos sintéticos, los indígenas retornaron parcialmente al nomadismo.

Las actuales actividades agropecuarias y de recolección de caucho y de castaña producen un asentamiento tan destructivo como el inmediatamente citado, debido a la degeneración y destrucción de los modos de vida y de cultura de las tribus supervivientes. El mismo Jürgen Riester, ya citado, asegura que la situación actual de los grupos selváticos de Bolivia es de una rápida aniquilación cultural. Un 70,8 por ciento está amenazado de exterminio, un 55,1 por ciento del anterior porcentaje no llegará a ver el fin de la década del 70 de nuestro siglo, y el 30 por ciento de la totalidad de los habitantes indígenas podría sobrevivir si tuviera una adecuada ayuda, que no se ve por ninguna parte.

Una civilización tan deformada como la de nuestra época no se contenta con destruir la ballena, el tigre, la foca, la vicuña, la chinchilla y el caimán sino que también aniquila a grupos humanos débiles, salvajes o semisalvajes, que debieran ser rescatados. ¿Enlutarán los bolivianos sus corazones con el *Requiem* que tal vez se cante antes de que la actual generación se marche, por la definitiva desaparición de importantes grupos indígenas de su región tórrida?

Es oportuno anotar aquí que el pluriculturalismo y el multilingüismo,

1. Enrique Finot, *Nueva historia de Bolivia*, La Paz, Editorial Gisbert y Cia. S. A. Libreros Editores, 1976, quinta edición, p. 122.

2. Jürgen Riester, *op. cit.*, p. 344.

si bien puede obstaculizar relativamente la expansión del mercado, son factores potenciales de un rico y multiforme despliegue de la vida nacional y de la cultura, si se utilizan a tiempo los medios que los hagan viables.

Las letras y las artes

Ofreceremos una visión sucinta del siglo XIX, con la indicación de algunas figuras sobresalientes, para abocarnos más bien, por su mayor interés, al siglo XX.¹ Proclamada en 1825 la independencia política respecto de España, tras quince años de cruenta guerra civil, el país cae presa de los caudillos militares y es muy lenta la consolidación de sus instituciones y de su propia vida independiente. Sólo después de la batalla victoriosa de Ingavi, en 1841, consolida su independencia frente al Perú. Pero en la malaventurada guerra de 1879, en alianza con el Perú, frente a Chile, pierde su extenso litoral sobre el Pacífico y se ve convertido —hasta hoy— en país mediterráneo.

De la influencia española, las clases dirigentes pasan a la imitación de Inglaterra y Francia en estilos, formas de gobierno, corrientes literarias, etc.

El mejor escritor del siglo XIX boliviano es Gabriel René Moreno, de Santa Cruz, historiador y crítico de vasta obra. Sus principales libros son *Últimos días coloniales en el Alto Perú*, *Las matanzas de Yáñez*, *Ayacucho en Buenos Aires y prevaricación de Rivadavia*, *Estudios de literatura boliviana*. Otra figura notable, esta vez en el campo de la novela, es la de Nataniel Aguirre, de Cochabamba, autor de *Juan de la rosa*, *memorias del último soldado de la independencia*, considerada como una de las mejores obras de ficción que se hayan producido en el continente en el siglo pasado. Conviene también mencionar a Emeterio Villamil de Rada, filólogo, autor de una obra extrañísima y original, *La lengua de Adán*, de la que apenas publicó un compendio, sosteniendo con abundancia de argumentos, que el aymara es la lengua madre

1. Para una visión más detallada de los temas aquí tratados, el lector podrá consultar: Augusto Guzmán, *Poetas y escritores de Bolivia*, La Paz, Editorial los Amigos del Libro, 1975, 273 p.; Mariano Baptista Gumucio, *Historia contemporánea de Bolivia*, La Paz, Editorial Gisbert, 1976, 381 p.

de la humanidad. Su voluminosa producción manuscrita se perdió en un incendio y él concluyó por suicidarse. Otras figuras notables son la poetisa ciega María Josefa Mujía, el historiador Manuel José Cortés, los poetas Ricardo José Bustamante, Felix Reyes Ortíz, Manuel José Tovar, los escritores Modesto Omiste, Julio Lucas Jaimés, Santiago Vaca Guzmán, Mariano Baptista, Rosendo Villalobos.

Las letras

Tres nombres sobresalen con luz propia que irradia [muy lejos, en] las primeras décadas del siglo xx: Franz Tamayo, poeta excelso (*La Prometheida*, *Nuevos Rubayat*, *Scherzos*), escritor profundo y pedagogo original (*La creación de la pedagogía nacional*); Ricardo Jaimés Freyre (*Castalia Bárbara*, *Los sueños son vida*), introductor, con Rubén Darío, del modernismo en América Latina; y Gregorio Reynolds (*El cofre de Psiquis*, *Prisma*, *Illimani*), quien cultivó todas las formas poéticas, fulgurando en el soneto.

Los nombres de Oscar Cerruto, Yolanda Bedregal, Guillermo Viscarra Fabre, Octavio Campeso Echazú y Oscar Alfaro, que pertenecen a sucesivas promociones poéticas, ocupan sitio de relieve en las letras bolivianas. Al igual que Juan Capriles, José Eduardo Guerra, Javier del Granado, Antonio Avila Jiménez, Primo Castrillo, Raúl Otero Reiche, Fernando Ortíz Sanz, Jesús Lara, Armando Soriano Badani, Julio de la Vega, Luis Mendizábal Santa Cruz, Lucio Díez de Medina, Luis Ameller Ramallo, Federico Delós, Héctor Cossío Salinas, Oscar Rivera Rodas, Mery Flores Saavedra, Alcira Cardona Torrico, Jaime Saenz, Gonzalo Vásquez, Jorge Suárez, Edmundo Camargo, Jaime Canelas, Silvia Mercedes Avila, Nora Zapata, Jaime Choque Mata, Ambrosio García Rivera, Hernando García Vespa. En la generación más joven debe señalarse la presencia de Pedro Sbímore, Alfonso Gumucio Dagrón, Eduardo Mitre, Waldo Lizón y Diego Torres.

La visión de nuestra literatura resultaría incompleta si al menos no se esbozara una reseña ilustrativa y orientadora sobre el movimiento narrativo.

El propósito está restringido a la mención de las obras más destacadas de los últimos cincuenta años, pero parece imprescindible la referencia a una que otra novela anterior a este periodo, dada la importancia relevante de ciertas producciones, en un campo ciertamente avaro de composiciones notables.

Raza de bronce, de Alcides Arguedas, considerada como la primera novela realista americana, denuncia el drama del indio explotado y envilecido. Fue acogida con entusiasmo en forma unánime por la crítica internacional, y sus numerosas ediciones marcan su significación permanente. Novela de denuncia en vigoroso estilo realista que muestra la compulsiva

sumisión indígena y exalta los paisajes desolados del altiplano grandioso y sugerente y los tibios y apacibles del valle, en los que se desarrolla la acción de esta obra de carácter social y costumbrista.

Jaime Mendoza, notable sociólogo, historiador y poeta, se ha destacado igualmente por su producción novelística y su estilo descarnado que le valiera el título de "Gorki boliviano". *En las tierras del Potosí y Páginas bárbaras*, constituyen sus principales novelas. La primera, publicada en 1911, resulta ciertamente la primera visión realista del tema de las minas bajo un enfoque social, que muestra las penosas condiciones de vida del trabajador y su explotación, aunque la simplicidad de su trama no apunta solución reformadora ni clima reivindicacionista. *Páginas bárbaras* (1914) es la novela de la selva y de la explotación gomera en el noroeste de nuestro país. Es la densa novela del trópico, mostrando las facetas de la explotación del hombre, de sus miserias morales, de su desgracia y desventura. Con subyugante acento poético exalta la naturaleza en esta novela que, a su valor intrínseco, se añade la de haber visto la luz pública diez años antes que *La vorágine* de José Eustasio Rivera.

Después de la aparición de importantes novelas como *La candidatura de Rojas*, de Armando Chirveches; *Aguas estancadas*, de Demetrio Canelas; *Intimas*, de Adela Zamudio; *Lágrimas indias*, de Guillén Pinto, el acontecimiento bélico del Chaco incorpora en la narrativa nuevos elementos surgidos de la experiencia individual con proyecciones sociales y revolucionarias por la índole y magnitud de la contienda. Así, aparece una novela guerrera con acento realista y naturalista que armoniza la experiencia de tinte testimonial con la ficción inexcusable que caracteriza el género.

Por otra parte, la novela que no se aísla de la realidad social prospera en fecunda expresión narrativa minera y agraria, que mantiene su tónica de denuncia reivindicativa, notoriamente hasta la nacionalización de las minas (1952) y la Reforma Agraria (1953), que cambian el rumbo de la inspiración, aunque algunos autores persisten en una temática afectada de insalvable anacronismo.

Por cierto que el hombre y el paisaje del altiplano, el trópico y el de los yungas aparece en la trama de la novelística, que contemporáneamente ha remozado sus temas esenciales, introduciendo nuevos elementos psicológicos y particularmente, en el orden formal, nuevos recursos técnicos y procedimientos literarios asimilados de las actuales corrientes narrativas.

Sometidos al itinerario previsto, señalamos cronológicamente las principales novelas a partir de la guerra del Chaco:

Prisionero de guerra, obra de Augusto Guzmán, basada en la campaña del Chaco, destaca la vida del cautiverio en el Paraguay, con elevado estilo de vigorosa fuerza comunicativa, surgida de la autenticidad de los episodios vividos por el autor.

5. El Señor de la Columna, de la Iglesia de San Lorenzo de Potosí, expresión de la escultura de la época colonial.



6. Una mujer aymara aprendiendo a leer en clases nocturnas. Asiste con su niño pues no tiene donde dejarlo. La instrucción se hace en español, idioma oficial del país.





7. Bailarines aymaras en una festividad en el Altiplano, cerca de la ciudad de La Paz.

8. "Callawayas" (o médicos indígenas) de Charazani, antes de salir para uno de sus periódicos viajes. Obsérvese la bolsa en la que llevan sus yerbas y medicamentos.



Caucho, de Diómedes de Pereyra, prolongada narración de atractiva amenidad por el impulso de la intriga de una trama que realza episodios relacionados con la explotación de la goma. Escrita con propiedad, elegancia y conocimiento del género.

Aluvión de fuego, importante novela de intencionado aliento revolucionario, toca diferentes aspectos tales como el aislamiento de la guerra, la persecución de los emboscados, los levantamientos indígenas y sus sangrientas represiones, el trabajo minero y otros temas, tratados con distinguido estilo de noble jerarquía poética, dado que su autor, Oscar Cerruto, es también uno de los eminentes poetas del país.

Raúl Botelho Gosálvez, escritor polifacético, tiene varias novelas destacadas. Su obra *Altiplano*, de realismo nativista, relata la vida de la comunidad indígena, asediada por las adversidades impuestas por el medio. Es un vigoroso canto terrígeno, exaltado por la excelencia de una narrativa deslumbrante. Hombre y paisaje captados con penetrante acierto y ennoblecidos por la jerarquía de su estilo seductor.

La Punta de los Cuatro Degollados, de Roberto Leytón, contiene la intensidad dramática de la lucha de trinchera, vertida en un lenguaje sobrio que muestra la fuerza testimonial del argumento.

Con la prestancia de su estilo terso, de elevada dignidad, Adolfo Costa du Rels ha compuesto su *Tierras hechizadas*, novela del feudalismo campesino en la zona del Parapetí (Gran Chaco). Diestro en el manejo del diálogo y descriptor elegante, que rima con la fluidez de su narrativa de atrayente acento poético. Recientemente ha publicado *Los Andes no creen en Dios*.

La Virgen de las Siete Calles, de Alfredo Flores, es una elegante obra costumbrista que tiene como escenario Santa Cruz. Nativismo amable y amores en una atmósfera áspera que se resuelve con equilibrada delicadeza.

Manuel Frontaura Argandoña se muestra, en *El Precursor*, distinguido narrador que ha hecho con la vida legendaria de José Alonso de Ibáñez (Alonso Yáñez) una atractiva novela de intensa evocación colonial. Su calidad literaria ha sido justamente reconocida por la crítica, que ha comparado esta obra con la célebre novela de Larreta *La gloria de Don Ramiro*.

Excelente muestra del costumbrismo de penetrante fuerza psicológica es *La niña de sus ojos*, de Antonio Díaz Villamil. Verdadero estudio de la birlocha (joven mestiza) en el conflictivo campo de los prejuicios sociales de una sociedad estrecha y rezagada. Su estilo simple y directo descubre con limpidez la fisonomía y psicología de sus personajes.

Auténtico alegato indigenista encierra la novela social *Yanacuna*, de Jesús Lara, persistente investigador y defensor del campesino en toda su vasta obra de fuerte y genuino realismo.

Metal del Diablo, de Augusto Céspedes, es la apasionada disección del drama del estaño en su explotación y sus relaciones con la economía

nacional y transnacional. La figura protagónica del magnate Patiño aparece descarnadamente, sin atisbos de luz, en su genuino panorama de sombras. Consagrado escritor de estilo perspicaz y brillante, nos muestra en su novela trozos descriptivos maestros de tipos y paisajes nativos.

La ilustre ciudad de Tristán Marof es una alegre y burlesca novela de costumbres que tiene por escenario la ciudad de Sucre. Picante y risueña, revela en un lenguaje sencillo diversos tipos de la sociedad chuquisaqueña.

Carlos Medinaceli, en su *Chaskañawi*, plantea con profundo conocimiento el conflicto sentimental del encholamiento (o la unión del joven blanco con la chola). Vida y costumbres de pueblo, donde se asoman personajes manejados con penetrante psicología, han consagrado esta novela costumbrista, que destaca las virtudes de Medinaceli como narrador sobresaliente.

Socavones de angustia, de Fernando Ramírez Velarde, es la novela sobre la mina. Sin aliento revolucionario, diseña con propiedad y acuciosa observación las penosas labores mineras a través del peregrinaje de una familia campesina que debe emigrar del agro.

Trópico del Norte, de Nazario Pardo Valle, es la novela de la siringa en Caupolicán (La Paz), urdida con ingenio y verosimilitud. La lucha por el trabajo en los gomales y la frustración inevitable, insuflan un aire dramático a la narración vibrante matizada de atractivas descripciones del escenario tropical.

Marcelo Quiroga Santa Cruz, con el relato *Los deshabitados*, marca afortunadamente el inicio de la renovación de la novela boliviana. Enriquecida de intensidad subjetiva e impulsos introspectivos de relación existencial, se aparta de los esquemas tradicionales en tema y estructura. Un escenario inasible de intención universalista donde se mueven los personajes delineados con precisión psicológica a través de la narración fluida y elegante.

Hernando Sanabria Fernández es autor de *La muña ha vuelto a florecer*, novela llena de encanto costumbrista, escrita con noble y correcto lenguaje, que discurre en una pequeña ciudad.

Requiem para una rebeldía, de José Fellmann Velarde, es la novela sobre la defeción política, con hábiles recursos técnicos estructurales como la autonomía de planos narrativos. Su ingeniosa intriga, dentro de la fluida narración, la destaca como obra representativa de la nueva novela.

Mateo Montemayor, de Fernando Díez de Medina, muestra predominantemente nuestra vida política, aunque los tópicos sentimentales, afectivos y de reflexiones personales no están ausentes.

Enrique Kempff Mercado ha escrito la seductora novela *La pequeña Hermana Muerte*, de ambiente oriental. Su estilo adaptado a las modernas

corrientes, se resuelve en una narrativa espontánea y elegante de destacable jerarquía.

Los fundadores del alba, de Renato Prada Oropeza, novela inspirada en la guerrilla, ha conseguido notoriedad continental por el discernimiento del premio "Casa de las Américas", de Cuba. Narración vigorosa y cumplido manejo del diálogo que conforman un distinguido estilo asimilador de las nuevas corrientes narrativas.

Bajo el oscuro Sol, de Yolanda Bedregal, es una obra de resonancias poéticas en la narrativa limpia que vierte temática de fondo y emoción humanas. La ingeniosa trama se desarrolla en La Paz.

Matías, el Apóstol Suplente, de Julio de la Vega, de tónica risueña y ribetes satíricos, narra paralelamente dos temas diferentes en tiempo e índole (Biblia y Guerrilla), engarzados ingeniosamente en la fluidez de la narración atractiva, ataviada por el encanto de la poesía que domina la obra.

En *Mundo extraño*, Edgar Cevallos Condarco ha conseguido, en un breve relato, una novela intensa, singular y humana. El original tema de la perturbación mental revelada y explicada por el propio paciente, se desarrolla con adecuado lenguaje que aglutina inteligentemente narración, descripción y diálogo, mostrando inobjetable jerarquía literaria.

Aparte de los libros enunciados, es justo citar los títulos de otras novelas importantes producidas en los últimos cincuenta años:

La sima fecunda, de Augusto Guzmán; *El valle del sol*, de Diómedes de Pereyra; *La bestia emocional*, de Porfirio Díaz Machicao; *Tierra Chúcara*, de Raúl Botolho Gosálvez; *El Sol se iba*, de José Felipe Costas Arguedas; *Siringa*, de Juan B. Coimbra; *Cuando vibraba la entraña de plata*, de José Enrique Viaña; *Sumuqué*, de Humberto Guzmán Arze; *Inundación*, de Luciano Durán Bóger; *Sujnapura*, de Jesús Lara; *El hombre que soñaba*, de Oscar Barbery Justiniano; *La Cruz del Sur*, de Fernando Ortíz Sanz; *Más allá del horizonte*, de Joaquín Aguirre Lavayén, autor también de *Guano Maldito*; *El miedo bajo las campanas*, de Luis E. Heredia; *La Laguna H3*, de Adolfo Costa du Rels; *Trópico enamorado*, de Augusto Céspedes; *Tirinea*, de Jesús Uzzagasti; *Sombra de exilio*, de Arturo von Vacano; *El ocaso de Orión*, de Oscar Uzín Fernández; *Lina*, de Paz Nery Nava; *Los vulnerables*, de Gaby Vallejo de Bolívar; *Los réprobos*, de Fernando Vaca Toledo; *Casa superior*, de Peter Lewy. Hugo Boero Rojo incursiona con singular maestría en la temática del exilio, tan constante en la vida boliviana, con *La telaraña*, y también denuncia los nuevos pongueajes políticos después de la reforma agraria con una vigorosa novela, *El valle del cuarto menguante*; mientras Enrique Rocha Monrroy, con su *Medio siglo de milagros*, incorpora a Bolivia a la novelística latinoamericana dedicada a los dictadores, pero lo hace con originalidad y extraordinario sentido del humor.

El género del cuento, a partir del Chaco, está dominado por dos

corrientes principales, el naturalismo y el neorrealismo contemporáneo, sin mengua de otras tendencias y expresiones. En la primera corriente cabe mencionar a Antonio Díaz Villamil, Luis Toro Ramallo, Josemo Murillo Vacarreja, Enrique Kempff Mercado, Humberto Guzmán Arce, Walter Montenegro, Rafael Ulises Peláez, Raúl Leytón, Fernando Díez de Medina, Rubén Ochoa.

La orientación neorrealista cuenta entre sus cultores a Oscar Cerruto, Augusto Guzmán, Raúl Botelho Gosálvez, Oscar Soria Gamarra, Grover Suárez, Nestor Taboada Terán, Gastón Suárez, Adolfo Cáceres, Raúl Teixidó, Oscar Barbery Justiniano, Alfredo Medrano, Edmundo Heredia, Enrique Rocha Monroy, Alfonso Gumucio Dagrón, Roberto Laserna.

El ensayo ha tenido en Bolivia valiosos cultores de la talla de Franz Tamayo, Bautista Saavedra, Alcides Arguedas, Juan Francisco Bedregal, José Antonio Arze; y entre los contemporáneos, Carlos Medinaceli, Carlos Montenegro, José Antonio Arze, Ricardo Anaya, Guillermo Francovich, Roberto Prudencio, Fernando Díez de Medina, Gustavo Navarro (Tristán Marof), Augusto Guzmán, Man Céspedes, Manfredo Kempff Mercado, Walter Hermosa Virreira, Gustavo Adolfo Otero, Rubén Carrasco de la Vega, Alipio Valencia Vega, Arturo Urquidi, Sergio Almaráz Paz, Jorge Siles Salinas, Luis Adolfo Siles Salinas, René Ballebian Calderón, Arturo Vilela, Mario Rolón Anaya, Mario Miranda Pacheco, Carlos Ponce Sanjinés, Guillermo Lora, Fausto Reynaga, René Zavaleta, Fernando Baptista Gumucio, Mario Arancibia Herrera, Orlando Capriles Villazón, Amado Canelas, Edgar Camacho Omiste, Mario Pando Monje, Guillermo Bedregal, Jaime Martínez Salguero, Alfredo Medrano, Salvador Romero, Ramón Rocha Monroy.

En la crítica, desaparecidas las figuras cimeras de Carlos Medinaceli, Enrique Finot y Gustavo Adolfo Otero, sobresalen Juan Quirós, Augusto Guzmán, Fernando Díez de Medina, Armando Soriano Badani, Oscar Rivera Rodas, Carlos Castañón Barrientos, Juan Siles Guevara, Edgar Avila Echazú.

El teatro boliviano moderno está representado por autores de la calidad de Sergio Suárez, Julio de la Vega, Gastos Suárez, Raúl Salmón, Renato Crespo y Guido Calavi. Debe también figurar aquí el nombre de Adolfo Costa du Rels, cuyas obras teatrales en francés han obtenido notable éxito de crítica y público en Europa.

Los estudios históricos cuentan con cultores del mérito de Humberto Vásquez Machicado, Augusto Guzmán, Ramiro Condarco Morales, Manuel Frontaura Argandoña, Rodolfo Salamanca La Fuente, Valentín Abecia Baldivieso, José de Mesa y Teresa Gisbert de Mesa, Moisés Alcázar, Jorge Escobari Cusicanqui, Eduardo Arce Quiroga, Alberto Crespo Rodas, Arturo Costa de la Torre, Roberto Querejazú, Hernando Sanabria Fernández, Gunnar Mendoza, Joaquín Gantier, Gonzalo Romero A. G., José Luis Roca, Teodosio Imaña Castro, Carlos Serrate Reich, Maria Eugenia del Valle de Siles; y, entre los más jóvenes, Alcides

Pareja, Florencia Ballivian de Romero, René Arce y Fernando Cajías.

Prácticamente todos los nombrados han hecho también del periodismo vehículo de expresión constante, a veces como directores de órganos, otras como columnistas o comentaristas eventuales. Sin embargo, entre quienes han hecho del periodismo una actividad permanente (sin que ello quiera decir que no hubieran cultivado otros géneros) conviene mencionar a Huáscar Cajías, Armando Mariaca Valdez, Renán Estenssoro A., Guillermo Céspedes Rivera, Mario Guzmán Aspiazu, Víctor Santa Cruz, Jacobo Libermann, Alberto Zuazo Nathes, Luis Raúl Durán, Ricardo Ocampo, Hugo Gonzáles Rioja, Alfonso Prudencio (Paulovich), Eduardo Ocampo Moscoso, Samuel Mendoza, Gonzalo López Muñoz, María Elba Gutierrez, Ana María Romero de Campero, Alberto Bailey Gutiérrez, Jaime Humerez S., René López Murillo, Mario Guzmán Galarza, Ted Córdova Claire, Jorge Carrasco, Carlos Canelas, Juan Pereira Fiorilo, Heberto Añez, Raúl Rivadeneira.

La arquitectura

La arquitectura boliviana de los últimos cincuenta años es el reflejo y la expresión materializada de una sociedad estática y aislada: a pesar de que los principales conceptos arquitectónicos de este siglo ya fueron formulados antes del año 1920, los pocos talentos que ha producido Bolivia en el campo de la arquitectura han ignorado, por un lado, los principios estéticos que son la base del diseño arquitectónico de nuestros días y, por otro, los han interpretado mal, copiando la apariencia exterior de edificios construidos en otros países como expresiones de estas nuevas filosofías.

Asimismo, en las últimas décadas, los arquitectos bolivianos han contribuido, mediante un caos de estilos, volúmenes irracionales y destrucción de edificios históricos, a la eliminación estética de una fábrica urbana coherente en aquellas ciudades que han experimentado un marcado crecimiento. La escala humana, aún conservada en poblaciones más pequeñas, corre el riesgo de ser destruida a nivel nacional debido a una falsa idea de progreso. Sólo últimamente se está tratando de arribar a esquemas urbanos coherentes que salvaguarden nuestro ancestro arquitectónico y que controlen el crecimiento puramente especulativo.

Fácil sería formular una lista de arquitectos bolivianos representantes de un insostenible neo-colonialismo, un pseudo-Bauhaus, o de los seguidores del *art déco*, de Le Corbusier, o de quienes guiados por la intuición, tratan de imitar las formas caprichosas de Oscar Niemeyer. La lista, empero, sería fútil ya que, entre ellos, contados son los que han tratado de avanzar de una manera dinámica y creativa dentro del marco de sus convicciones. Los más han sido meros imitadores. Debe

mencionarse sin embargo a Julio Mariaca Pando, Emilio Villanueva, Alberto Iturralde, Ernesto Pérez Rivero y Oscar Cortés Valda, como arquitectos de gran valía.

En la década del setenta ha surgido un grupo de arquitectos que, basados en el organicismo, cuyo máximo exponente fuera Frank Lloyd Wright, tratan de introducir en Bolivia conceptos como el del respeto a la naturaleza, el mantenimiento del equilibrio ecológico, la escala humana, la importancia de las relaciones espaciales entre edificios y grupos de edificios, y la identificación de la obra arquitectónica con la región en la cual se levanta. La escuela de Cochabamba, con Jorge Aramburu y Gustavo Medeiros, se inclina —dentro de esa filosofía— hacia el brutalismo de inspiración telúrica. Marco Quiroga, de gran promesa y sensibilidad, ha desaparecido prematuramente. Juan Carlos Calderón, preocupado con el movimiento, considera a un edificio como a una serie de espacios dinámicos que responden tanto al desplazamiento del individuo, como al desarrollo de su propia estructura en el tiempo.

La arquitectura boliviana, por otra parte es, ineludiblemente, la expresión del cambio ocurrido en nuestra sociedad en este siglo. Afrancesada hasta la guerra del Chaco, cuando las clases gobernantes añoraban la estabilidad y civilización de un París tan visitado. Germanizada y norteamericanizada desde 1935 a 1950, con sus muros curvos y sus rejas tubulares, expresando la influencia de las dos grandes potencias del momento, y luego, con la paulatina decadencia de Estados Unidos de América y con el advenimiento de nuevas clases dominantes, no siempre preparadas estéticamente o culturalmente, produciendo la proliferación de estilos híbridos, sin gusto, filosofía, razón de ser, ni sensibilidad. El interés, casi exclusivo, en la ganancia monetaria está produciendo en nuestros días extremos volumétricos deshumanizantes.

Tal fenómeno es, ciertamente, más notorio en La Paz, hoy estrecha, que si antaño conservó, hasta la guerra del Chaco, el encanto del trazado colonial prolongado por las construcciones del siglo XIX, hoy se ve ahogada por edificios feísimos y “funcionales” que se disputan en altura, robando a las calles el magnífico sol de antaño y convirtiendo a la urbe en un sitio cada vez más ófrico y desapacible.

La pintura y la escultura

En el cuadro de nuestra cultura, pocas manifestaciones espirituales son tan notoriamente fecundas como las expresiones pictóricas. Un número significativo de pintores realizan labor con regularidad vocacional, jerarquizando con su obra el nivel de la pintura nacional, en sus diferentes especialidades del óleo, la acuarela, el grabado y otras técnicas mixtas.

La escultura, en cambio, está menos favorecida, aunque algunos de sus escasos cultores han logrado eminente prestigio y notoriedad.

La principal figura de la postguerra es, sin duda, Cecilio Guzmán de Rojas, de formación académica, pero con un espíritu libre e innovador que marca un hito relevante de la pintura nacional. Retratista consumado y buceador de las esencias morfológicas, al punto de haber creado rostros singulares de indias, que no por ello están distantes del modelo y que conforman una original visión interpretativa autóctona. Su vasta obra ha tocado el paisajismo impresionista, destacándose como explorador de materiales y técnicas. Era en su tiempo uno de los importantes pintores del continente.

La actividad pictórica se amplía con las figuras de Raúl G. Prada, Mario Unzueta y Daniel Peña Sarmiento, paisajista del valle dentro del marco impresionista y post-impresionista, y que todavía en la actualidad sigue produciendo importante obra dentro de su estilo predominante. David Crespo Gastelú, con su realismo de contenido histórico. Gil Coimbra, con su colorida pintura indigenista y su testimonial chaqueña. Arturo Borda, con su retratismo y su paisajismo andino. Y por último Armando Pacheco, con su pintura de filiación cubista. Coetáneamente, el grabado en las técnicas del aguafuerte y la xilografía cobra jerarquía con el trabajo de Guzmán de Rojas, Arturo Reque Meruvia, Gastón Ibáñez, Manolo Fuentes Lira, Mario Illanes y Pablo Iturri Jurado (Ramón Katari), dentro de una corriente predominantemente indigenista.

La escultura en este periodo mantiene la resonancia de la línea clásica en el modelado de Alejandro Guardia, creador de importantes bustos y monumentos, hasta la llegada de Marina Núñez del Prado, que incorpora un estilizado soplo renovador a las figuras, que hacen de esta artista la escultora más importante del país, aún en la actualidad en que su inspiración continúa activa.

El periodo presente descubre cantidad incontable de pintores, entre los que descuellan un número significativo que se enfila en las corrientes que van desde un realismo riguroso, pasando por el impresionismo, cubismo, expresionismo, surrealismo, primitivismo y pintura ingenua, hasta llegar al arte abstracto y sus derivaciones cinéticas y neoplásticas.

Los principales pintores son: Gíldaro Antezana, Antonio Mariaca, Gil y Jorge Imaná, Armando Pacheco, Walter Solón Romero, Carmen Baptista, Graciela Rodo Boulanger, Roberto Guardia Berdecio, Inés Córdova, Raúl Mariaca, Fernando Montes, Rudy Ayoroa, Manuel Iturri, Alberto Medina Mendieta, María Teresa Berríos, Yolanda de Aguirre, Gerardo Zurita, Alfredo La Placa, Enrique Arnal, Humberto Jaimes Zuna, Agnes de Franck, Ricardo Pérez Alcalá, Oscar Pantoja, María Esther Ballivian, Beatriz Mendieta, Gustavo Medeiros, Jorge Ugarte, Tito Kuramoto, Alfredo Domínguez, Erasmo Zarzuela, Magda Arguedas, David Pringle, Willy Machicado, Alberto Medina, Moisés Chire Barrientos, Lorgio Vaca, Alfredo Da Silva, Gonzalo Ribero, Luis Angel Aranda, Mario Velasco, Fausto Aoiz, Juan Ortega Leytón,

Luis Zilvetti, Edgar Arandia, María Cristina Endara, Silvia Peñaloza y muchos otros valores que podrían aumentar la lista a un número significativo que demuestra el alto nivel que ha alcanzado la plástica contemporánea de Bolivia.

En la escultura del presente, junto al nombre de Marina Núñez del Prado, figurará en lugar destacado el notable trabajo del malogrado Emiliano Luján, al igual que las obras de los hermanos Raúl, Walter y César Terrazas. Es importante también la escultura monumental de Ted Carrasco, así como las obras de Víctor Zapana.

La música

Extraordinaria es la riqueza del país en el campo de la música folklórica, al punto de que en la sola zona andina, se registran más de 500 danzas diferentes. De este reservorio inagotable, salen periódicamente, gracias a empresarios extranjeros industriales, canciones que cautivan a los públicos de todas las latitudes, sin que se mencione su origen altiplánico boliviano. El éxodo masivo de “braceros” de nuestro país a las naciones limítrofes, particularmente Argentina y Chile, es responsable en parte de esta “fuga” de la música autóctona, que luego aparece como nacida en esas regiones. Esa es la suerte —la mala suerte— de la inspiración anónima y popular.

La música selecta de inspiración boliviana cuenta ya con compositores destacados como Simeón Roncal, Eduardo Caba, Teófilo Vargas, Eduardo Berdecio, Adrián Patiño, José María Velasco Maidana, Antonio Gonzáles Bravo, Humberto Viscarra Monje, y entre los más jóvenes a Antonio Montes Calderón, Hugo Patiño, Jaime Mendoza, Gustavo Navarre, Antonio Ibáñez, Atiliano Auza y Alberto Villalpando.

El cine

Hay una “prehistoria” del cine boliviano, que abarca desde principios del siglo hasta la postguerra del Chaco, con intentos aislados de los que apenas queda el recuerdo. En 1953, el Gobierno crea el Instituto Cinematográfico, con la clara intención de exaltar las medidas revolucionarias, pero dos años más tarde, Jorge Ruiz dirige un cortometraje de conmovedora belleza, canto a una comunidad humana que se extingue: los chipayas, bajo el título de *Vuelve Sebastiana*. Surgen varias empresas pequeñas, entre ellas Ukamau y Pro-Inca que han pervivido, luchando contra infinidad de obstáculos. A esa época pertenece igualmente el largometraje *La vertiente*, también de Jorge Ruiz. Los guiones de ambas cintas corresponden a Oscar Soria.

A esta época pertenecen los valiosos documentales de Gonzalo Sánchez de Lozada, animador de "Telecine".

El grupo Ukamau ha obtenido ya once triunfos en diversos festivales internacionales (Cannes, Karlovy Vary, Leipzig, Mérida, Venecia, Berlín), desde su primer documental *Revolución*, hasta sus largometrajes de denuncia política *Aisa*, *Ukamau*, *Yawar Mallcu*, bajo la dirección de Jorge Sanjinés, considerado como uno de los más vigorosos exponentes del llamado "nuevo cine latinoamericano". Importantes críticos europeos consideran que su película *El coraje de un pueblo* debe figurar entre los veinte mejores films de la historia del cine, y luego *Pueblo Chico*, obra de Antonio Eguino. El guionista también es Oscar Soria. Los pocos intentos logrados prueban sin lugar a dudas la calidad de los realizadores bolivianos, que sólo requieren mínimas condiciones de aliento y libertad de creación para plasmar en el celuloide la vida conflictiva y sugerente de un país tan variado y rico en caracteres humanos y paisajes como es Bolivia.

Los sistemas educativos y los problemas que confrontan

La crisis de la educación boliviana no es nueva ni aislada: arranca del pasado colonial y es parte de la crisis mundial de los sistemas escolares. Es una crisis hartamente conocida a nivel de investigación, puesto que el país es, entre los de América Latina, uno de los más estudiados por legión de misiones extranjeras y comisiones nacionales, naturalmente con gasto de recursos económicos a fondo perdido.

Basta señalar, a manera de ejemplo, que para estudiar el sistema educativo de Bolivia en consonancia con sus recursos financieros, materiales y humanos, se produjeron en las últimas dos décadas, los siguientes documentos principales: *Código de la Educación* (proyecto Villagómez), 1955; Informe al gobierno de Bolivia sobre diversos aspectos de formación profesional, 2 vols. OIT, Ginebra, 1955 y 1961; Informe Gotzer (Unesco), 1962; Informe al gobierno de Bolivia sobre educación obrera (Albert Lhoir), OIT, Ginebra, 1962; Informe a la III Reunión de Ministros de Educación (Bogotá), 1963; Informe Dumwoody sobre educación técnica, 1966; Informe Popescu, sobre recursos humanos en Bolivia, OIT, 1967; Informe de la Universidad de Ohio sobre recursos humanos, 1966; Informe McClurkin sobre edificios escolares, 1968; Informe al Banco Mundial sobre la educación en Bolivia, 1968; Programa nacional de alfabetización, 1970; *Estrategia del desarrollo*, 2 vols. Ministerio de Planificación, La Paz, 1970; Informe de una comisión nacional del Ministerio de Educación de 200 comisionados, 1971; *Plan Quinquenal de Desarrollo Económico y Social*, Ministerio de Coordinación y Planificación, 1976; Informe de Saint Joseph State College sobre reforma administrativa del Ministerio de Educación, 1972; *Diagnóstico del sistema educativo* (16 tomos) Ministerio de Educación y Cultura, 1975.

Salvo la aplicación más o menos parcial de los resultados de las investigaciones realizadas, la montaña de documentos sobre los problemas educativos del país que se ha producido parece haberse destinado al

archivo. A tales estudios vino a añadirse otra montaña de decretos-leyes y resoluciones gubernamentales de carácter normativo, en una sucesión de reformas y contrarreformas educativas, universitarias, etc.

La crisis persiste, puesto que los problemas estructurales no han sido resueltos, como pasamos a ver enseguida.

El analfabetismo y el proceso de alfabetización

El Ministerio de Planeamiento y Coordinación, de Bolivia, presenta el siguiente panorama:

“En 1975 la población boliviana en edad escolar (seis a diecinueve años) era aproximadamente de 2 320 000, o sea el 40 por ciento de la población total. Si se agrega a ésta la población escolarizable de nivel superior (veinte a veintinueve años), equivalente a 937 000 personas, se obtiene una población que potencialmente demandaría educación, de 3 257 000, o sea el 57 por ciento de la población total del país.”¹

El último censo de población y vivienda, realizado a fines de 1976, ofrece cifras un tanto reducidas de la población total de Bolivia, situándola en 4 687 718 habitantes (La CEPAL había estimado que eran 5 410 000 habitantes). Los analfabetos sumaban en 1952, cuando se produjo la Revolución Nacional, más del 75 por ciento de la población total. En el periodo 1960-1975 el índice del analfabetismo se redujo del 64 al 60 por ciento, según los datos del Plan de Desarrollo Económico y Social en curso. En todo caso, la tasa de analfabetismo sobrepasa el 50 por ciento de los habitantes y hace ver la extensión y profundidad de este problema, que es un poderoso freno a cualquier tentativa de desarrollo.

Varios fueron los proyectos de alfabetización, unos más restringidos que otros y sin adecuadas coberturas financieras, que se produjeron en los últimos 40 años. En términos generales, puede decirse que la política de alfabetización varió de enfoque y de proyecciones de acuerdo al tipo de régimen gubernamental que ha imperado en Bolivia. Los gobiernos de signo progresista o revolucionario, considerados de raigambre democrática, se preocuparon más por el combate contra el analfabetismo y elaboraron programas más completos.

El más destacado de ellos es el que el Ministerio de Educación preparó en 1970 y que cristalizó en el decreto supremo n° 09177, en consonancia con una *Declaración sobre política educativa, cultural y científica*, del gobierno de reapertura democrática del general Alfredo Ovando Candia.

La Campaña de Alfabetización Obligatoria que se decretó tuvo como

1. Ministerio de Planeamiento y Coordinación de la Presidencia de la República, *Plan de Desarrollo Económico y Social 1976-1980*, p. 261 (Resumen), La Paz, Servicios Impresos “Carlos” Ltda., 1976, 333 p.

antecedente inmediato la reunión de una Conferencia Nacional de Alfabetización y Educación de Adultos (realizada en diciembre de 1969). Los objetivos concretos de la Campaña fueron:

- a) Capacitar a la población analfabeta y a la de escasa escolaridad en el manejo crítico e inteligente del lenguaje oral y escrito, la matemática básica, el conocimiento de su medio físico y social y en la valorización de las culturas autóctonas.
- b) La castellanización del país como vehículo de integración nacional, sin perjuicio de conservar y fomentar el uso de las lenguas nativas, que serán un medio de comunicación social para incorporar a las masas campesinas a la nacionalidad.
- c) Desarrollar el hábito de la lectura como instrumento fundamental en el proceso de educación permanente del individuo.
- d) Proporcionar los conocimientos necesarios y fomentar las actividades creadoras para que los individuos y comunidades alcancen mejores niveles de vida, utilicen los servicios públicos, cooperen con ellos y participen organizadamente en la solución de sus problemas de sanidad, producción, vivienda, vida cívica y recreación.
- e) Difundir las bases culturales para que la población activa pueda beneficiarse de los servicios que fomentan la tecnificación de los procesos productivos y la calificación de mano de obra.
- f) Revalorizar, mediante la educación de adultos, el papel que desempeña en la sociedad la educación regular en todos los niveles, y contribuir a la generalización de la educación primaria completa entre los niños de edad escolar”¹.

Un cambio de elenco gubernamental determinó la frustración del citado Plan Nacional de Alfabetización, sin que haya venido a reemplazarlo ninguno otro de parecida envergadura.

Es indudable que la disminución del analfabetismo en la proporción del 4 por ciento en 15 años es notoriamente insuficiente. Los planes al respecto de los organismos oficiales son simplemente marginales, de manera que puede decirse que mientras la cúpula educativa, que es la educación universitaria, tiene proporcionalmente altos recursos, la alfabetización es la Cenicienta del sistema. Para el quinquenio que termina en 1980, se prevé que el analfabetismo decrecerá sólo en un 2 por ciento aproximadamente.

Además de los esfuerzos del Estado, se tiene a “Alfalit”, programa de alfabetización de las Iglesias evangélicas, y el programa “Erbel” de alfabetización radiofónica de la Iglesia Católica, que realizan un trabajo permanente.

1. Mariano Baptista Gumucio, *Alfabetización, un programa para Bolivia*, p. 19-20, La Paz, Editorial Los Amigos del Libro, 1973, 256 p.

Sentido de la educación rural

El análisis de la estructura de la población boliviana nos indica que, entre 1950 y 1970, la tasa de la población rural ha bajado escasamente del 74,6 por ciento al 70,7, debido al bajo influjo del proceso de urbanización que acusa el país. La población rural representa, asimismo, la masa de personas que hablan las lenguas indígenas. Por otra parte, en cifras relativas, la región frígida del altiplano concentra el 49 por ciento de la población de Bolivia, los valles templados el 35 por ciento y los llanos tropicales el 16 por ciento¹. Dos tercios de la población se hallan, por consiguiente, en la zona andina del país.

Las primeras experiencias educativas de los niños campesinos tuvieron lugar en la década del 40, gracias a la inquietud de maestros indigenistas, reconociéndose la Normal Rural de Warizata, en el altiplano norte, Departamento de La Paz, fundada por el profesor Elizardo Pérez, como el hito pionero de la educación rural.

En los años de la Revolución Nacional (1952-1964) se dictó el Código de la Educación Boliviana y se creó un sistema especial de atención educativa del ámbito rural, a cargo del recién creado Ministerio de Asuntos Campesinos, en forma separada del Ministerio de Educación y Bellas Artes. Se manifestó el propósito de implantar la "Educación Fundamental", que buscaba la unión del sistema formal de transmisión de las materias básicas o instrumentales de la escolaridad con el desarrollo de comunidades en el más amplio sentido. El indio, que con el proceso de la sindicalización y de la Reforma Agraria despertó de su prolongado letargo, impulsó y sigue impulsando, desde entonces, más que el Estado mismo, la infraestructura educativa mediante la construcción de escuelas rurales.

La Educación Fundamental fue criticada como un esfuerzo por segregar a los campesinos de la educación impartida en las ciudades, y se optó por la unificación de sistemas, que dio como resultado el traspaso de la educación rural al Ministerio de Educación de Bolivia. Las fallas que ahora se observan, según el *Diagnóstico global de la educación boliviana*, son:

"Desadaptación de la escuela rural al medio ambiente. Su labor está siendo desvirtuada en su misma esencia, cual es la de impartir una educación integral y dinámica, enraizada en su realidad cultural, para correr el riesgo de convertirse en simple transmisora de conocimientos o motivadora del éxodo rural.

Carencia de recursos y materiales de enseñanza que dificulta el cumplimiento de sus grandes objetivos, lo que a su vez repercute en la acción

1. Ministerio de Planificación y Coordinación, *Estrategia socioeconómica del desarrollo nacional*, tomo II, p. 559 y 560, La Paz, 2 tomos, 1970, 658 p.

educativa, pues los planes y programas de estudio no logran traducirse a la realidad.

Incompleta formación docente en los campos específicos de la educación de la comunidad rural, situación que no coadyuva a interpretar las necesidades reales de la comunidad.

Ausencia de coordinación entre la escuela y las instituciones que realizan tareas de promoción socioeconómica en el campo.

Los proyectos específicos en salud, agropecuaria, industrias rurales, educación para el hogar y recreaciones, se realizan preferentemente en la escuela, sin trascender su acción educativa al mejoramiento de la comunidad¹.

Ilustrando la desconexión entre la educación rural y la vida, el film boliviano *Pueblo chico*, del director Antonio Eguino (grupo Ukamau), presenta una escuela campesina en la que se enseña a los niños descalzos la frase: "la dama come torta", incomprensible para ellos, que se limitan a repetirla como loros.

La castellanización directa de los educandos del agro tropieza con muchas dificultades psicológicas, siendo lo recomendable que las primeras letras se enseñen de manera bilingüe. Aunque esto cuenta con la aprobación de las esferas oficiales, no existe todavía el sistema institucional necesario para llevar a la realidad de manera general este proyecto.

El sistema escolar rural está formado por las escuelas normales rurales, coronadas por el Instituto Superior de Educación Rural (ISER), con sede en Tarija, por los núcleos escolares y las escuelas seccionales (completas e incompletas), y por algunos colegios laborales donde los alumnos puedan cursar el Bachillerato. El campesinado ha exigido que se generalice tal tipo de colegios, con enseñanza del Bachillerato Técnico, existiendo además un proyecto de organización de una universidad agraria.

El estado de la educación preescolar y básica

En 1975 la población matriculada de edad escolar era de 1 097 200 personas. En el ciclo prebásico, de una población escolar de 80 600 niños, la matrícula ascendió sólo a 39 945, con una tasa del 41,6 por ciento. En el ciclo básico, de una población escolar de 900 011 personas, la matrícula llegó únicamente a 711 732, con una tasa de 72,1. En el ciclo intermedio, de una población escolar de 613 669, la matrícula alcanzó a 116 828, con una tasa de 27,2 por ciento. Y, por último, en el ciclo medio, de una población escolar de 716 690, la matrícula no sobrepasó los

1. Ministerio de Educación y Cultura, *Diagnóstico global de educación boliviana*, p. 9, La Paz, Impresiones "Planedoc" del Ministerio, 1974, 112 p.

116 647, con una tasa de escolaridad de 16,3 por ciento. Estos datos provienen del Ministerio de Educación y Cultura.

Las tasas de matrícula escolar demuestran que el mayor porcentaje de alumnos se inscribe para los ciclos preescolar y básico. Además, del total de la matrícula nacional, el 88,9 por ciento corresponde a las áreas urbanas.

El Plan Quinquenal de Desarrollo Económico y Social, de actual aplicación, expresa: "Así, para el ciclo básico en las áreas urbanas, de cada 1 000 alumnos que ingresan al primer curso, 760 egresan al final del ciclo de un establecimiento privado, y sólo 600 de un colegio fiscal. En las áreas rurales, donde funcionan básicamente colegios fiscales, apenas egresan 150 alumnos de cada 1 000 que comienzan el ciclo básico"¹. La deserción escolar es alarmante. Menos de un tercio de los alumnos inscritos en el primer grado llega al cuarto grado de la educación básica, y menos de un quinto ingresa en el ciclo medio, llegando a la universidad una cifra inferior al 3 por ciento de la matrícula nacional total.

La distribución nacional de la matrícula es muy desigual, dado que la ciudad de La Paz, que es la sede del gobierno y la principal ciudad de la República, alberga el 48 por ciento de los matriculados.

La Estrategia del desarrollo, de 1970, calculaba que del número de alumnos que ingresa al primer grado del ciclo básico sólo se gradúa un promedio del 26,5 por ciento. La deserción asciende al 41,7 por ciento y la repetición al 31,8 por ciento. Únicamente en el primer grado citados las pérdidas alcanzan a más de la cuarta parte de la matrícula. Se tiene, entonces, que la duración promedio de estudios es de 8 años por egresado de la escuela primaria, con un promedio de casi 2 años de repetición *per capita*.

Si en la educación pre-primaria se observa la superposición de estructuras con planes distintos (de 1955 y principalmente de 1969) y la tendencia tradicionalista de enseñanza-aprendizaje, en el ciclo básico se hace manifiesta la ausencia de una política educativa realista, la anarquía de planes y programas, la baja productividad, la enseñanza sujeta al pizarrón, el cuaderno y el banco escolar, y los sistemas de evaluación que dan preferencia a los exámenes periódicos. Por lo tanto, los objetivos de la educación básica no se cumplen, no permiten la formación integral de los alumnos, son fundamentalmente pasivos y no ayudan a integrar la escuela en la realización de las esperanzas de mejoramiento del pueblo boliviano.

A lo dicho debe sumarse que no existen servicios de orientación escolar, que en algunas ciudades la salud de los niños y niñas depende de escasos dentistas escolares, sin revisiones médicas periódicas y sin sistemas para

1. Ministerio de Planeamiento y Coordinación de la Presidencia de la República, *Plan de Desarrollo Económico y Social 1976-1980* (Resumen), p. 262.

el uso sanamente recreativo del tiempo libre que, a menudo, resulta recargado de deberes o tareas para la casa.

Un documento de criterio ponderado expresa: "La escuela, como instrumento de educación, puede decirse que más bien juega un rol negativo con respecto al cambio y al progreso, y contribuye a mantener y agravar la situación dada". Cita, a continuación, esta opinión del economista y ex presidente de la Corporación Andina de Fomento, licenciado Adolfo Linares Araya: "La escuela boliviana está fuera de la economía boliviana. Ésta le debe muy poco a aquélla, ya que ninguna de las dos se ensambla o coordina dentro de un plan global, agravándose la situación con la creación cada vez mayor de escuelas, aun sin poseer los locales necesarios"¹.

Teniendo en cuenta que la mayoría de educandos abandonan para siempre el sistema escolar al terminar el ciclo básico y aun antes, debería preparárselos para ser mano de obra calificada, pero ello no sucede ni en el campo ni en la ciudad.

Los ciclos intermedio y medio

El ciclo intermedio es un puente de tipo humanístico entre la educación primaria y la secundaria, conocida esta última como ciclo medio dentro del sistema vigente. Su situación y sus defectos son los mismos que los del nivel básico.

Nos referiremos, entonces, a los problemas de la educación secundaria. Recordemos que la tasa de escolaridad en el ciclo medio es alrededor del 27 por ciento. Un estudio del decenio de 1956 a 1965 nos presenta el siguiente panorama: la mayor pérdida de alumnos ocurre en el año inicial.

Paulatina pero constantemente, el número de estudiantes inscritos decrece a medida que se asciende en los cursos del ciclo, de manera que, al final de los dos últimos del ciclo intermedio y de los cuatro del nivel medio, apenas un 10 por ciento obtiene la aprobación. La principal causa de las pérdidas en el ciclo medio es la reprobación en los exámenes.

En Bolivia, la educación regular hasta el nivel medio es impartida por establecimientos fiscales, llamados de educación centralizada porque dependen del Ministerio de Educación y Cultura; por los establecimientos descentralizados de minas, centros petroleros y ferroviarios, que dependen de empresas económicas públicas; y por los colegios particulares, mayormente religiosos, que forman la educación privada.

1. Asociación Boliviana de Educación Católica y Secretariado Nacional de la Comisión Episcopal de Educación, *Democratización de la educación*, documento final del Primer Seminario Nacional sobre Democratización de la educación, p. 33, La Paz, Editorial "Don Bosco" 1975, 218 p.

Desde el punto de vista del rendimiento escolar, la educación descentralizada, especialmente en la minería nacionalizada, es cualitativamente superior a la fiscal de las ciudades. En diciembre de 1975, la Corporación Minera de Bolivia facilitaba enseñanza a 54 135 alumnos, con 1 973 maestros y funcionarios administrativos, en 130 establecimientos escolares, proporcionando también becas de profesionalización media y superior a 238 hijos de trabajadores del subsuelo.

También el rendimiento de la educación particular es superior a la educación fiscal, dándose la paradoja de que la mayor parte de los maestros empleados en los colegios privados son los mismos que ejercen la profesión docente en los colegios del Estado, y de que sus hijos se educan en aquéllos y no en éstos.

La investigadora Ruth Payne, en colaboración con la profesora Maritza Balderrama, publicó en 1972, como fruto de sus investigaciones, un libro intitulado *Contenido y métodos de la enseñanza en Bolivia*. En 300 establecimientos que visitaron encontraron que había 923 títulos diferentes de textos escolares. Gran parte de estos textos no eran de autores bolivianos ni se referían a Bolivia, inclusive en las materias sociales, como la educación cívica y la historia, que provenían de España, revelando un contenido imperial y exótico. La conclusión de las autoras era terminante: en la educación media y en la educación general del país existe falta de expresión de la cultura propia, hay confusión irracional en el empleo de planes y programas y un énfasis exagerado en la transmisión seca y discursiva de la información¹.

El bachillerato que proporciona el nivel medio es predominantemente humanístico. En 1972, el 72 por ciento de los egresados eran bachilleres en humanidades; el 9 por ciento en ciencias naturales; el 6 por ciento en ciencias sociales; el 3 por ciento bachilleres técnicos. El 96 por ciento de los bachilleres aspiraba a ingresar en la Universidad para conseguir una profesión liberal.

Un documento crítico señala las fallas y el sentido de la educación actual, con especial referencia al ciclo medio, de la siguiente manera :
“Sólo una minoría tiene acceso al sistema educativo, que es por esencia elitista y actúa como cernidor desde la escuela primaria hasta la universidad.

El sistema educativo parece dar la espalda a la realidad boliviana, y no responde a las verdaderas necesidades del país, mostrándose por lo mismo poco funcional.

Tanto cuantitativa como cualitativamente, la educación que se imparte revela enormes deficiencias e insuficiencias.

Las grandes masas campesinas no participan en el proceso educativo.

1. Mariano Baptista Gumucio, *La educación como forma de suicidio nacional*, p. 55 y 66-67, La Paz, Ediciones “Camarlinghi”, 1973, 218 p.

Consciente o inconscientemente, la educación aparece al servicio de determinados intereses.

Desde el punto de vista económico y productivo, la empresa educativa resulta sumamente gravosa al país y poco rentable, con un índice de eficiencia mínima¹.

Modalidades de la educación técnica y normal

En la formación de técnicos medios hay tres modalidades: a) la educación comercial, bancaria, aduanera y administrativa; b) la educación técnica industrial; c) la educación técnica femenina.

La primera modalidad, a la que llamaremos “educación comercial” en homenaje a la brevedad, se imparte en establecimientos denominados institutos, academias o escuelas, tanto fiscales cuanto particulares. El número de alumnos inscritos en 1971 era de unos 4 000 en 26 establecimientos. El 75 por ciento de ellos asistieron a clases en institutos particulares, y el 65 por ciento de la totalidad de los estudiantes de comercio eran muchachas.

El número, considerablemente elevado, de los establecimientos educativos de este sector es consecuencia del subdesarrollo del país, en el que hay predominio, en los centros más importantes de población, del sector económico terciario o de los servicios, en relación a la industria, que es escasa, y a la agricultura, atrasada y abandonada en la zona tradicional.

En el nivel elemental, la educación comercial forma auxiliares de oficina, dactilógrafos y estenógrafos, tras un año de estudios; en el nivel medio, secretarías, cajeras y traductoras bilingües, tras 3 años de estudio; en el nivel superior, contadores, tras 4 años de estudio. Las especializaciones en administración y aduanas vienen después, y exigen un año adicional de estudios.

No hay uniformidad ni coordinación en los programas de los diferentes institutos, y la enseñanza, más teórica que práctica, se basa en el uso del dictado y el multicopiado de las lecciones. El 62 por ciento de los egresados comerciales desean proseguir estudios universitarios. Se propugna el establecimiento del bachillerato en ciencias comerciales.

La segunda modalidad —la educación industrial— es muy restringida y se reduce, en la actualidad, a un solo establecimiento fiscal: la Escuela Industrial de la Nación “Pedro Domingo Murillo”, de La Paz. En el nivel inferior, el Ministerio de Trabajo imparte, con la cooperación de misiones extranjeras, especialmente de España, formación de albañiles, mecánicos, electricistas, etc. mediante cursillos de su Servicio de Forma-

1. Asociación Boliviana de Educación Católica y Secretariado Nacional de la Comisión Episcopal de Educación, *op. cit.*, p. 57-58.

ción de Mano de Obra (FOMO). La Congregación Salesiana tiene en el Colegio "Don Bosco", de La Paz y Santa Cruz, y en el Centro Juvenil, de El Alto de La Paz, escuelas de nivel inferior y medio en mecánica, carpintería e imprenta.

Las cifras estadísticas disponibles señalan que la Escuela "Pedro Domingo Murillo" formó, en el quinquenio 1967-1971, 389 técnicos medios y 244 técnicos superiores, a un costo de 8 850 pesos bolivianos (445 dólares de los Estados Unidos) por alumno, en 1971.

Las estructuras de dicha Escuela no favorecen el paso de un tipo de estudios a otro; existe desarticulación entre las materias humanistas y las técnicas; y el plan de estudios no tiene en cuenta las necesidades regionales. Un hecho alentador es que el 75 por ciento del horario de enseñanza se dedica a la parte práctica.

La tercera modalidad —la educación técnica femenina— está reducida a la enseñanza de corte y confección, juguetería, economía doméstica, etc., debido a los prejuicios reinantes en el ambiente boliviano, que no favorecen un adecuado grado de emancipación de la mujer de las labores hogareñas, aunque el proceso de desarrollo, más fuerte que ciertos hábitos, va incorporando cada vez más el sexo femenino a la producción.

La educación técnica femenina adolece de graves fallas y se halla en una situación crítica que puede conducir a su desaparición.

Los egresados de las distintas modalidades de la educación técnica se enfrentan con la inexistencia de un mercado interno de trabajo. Los de comercio, buscan un puesto público y engrosan la desocupación disfrazada, ya que la actividad privada es insuficiente para acogerlos. Los técnicos industriales de la Escuela "Pedro Domingo Murillo" se marchan al exterior, especialmente al Brasil, por falta de empleo en el país o por los bajos salarios que en el mismo privan.

La educación normal, destinada a la formación de maestros profesionales, se cumple en escuelas normales urbanas y rurales. Las primeras son en su mayoría fiscales, pero hay también una escuela normal católica en Cochabamba.

En las normales rurales, la inscripción de alumnos pasó de 3 465 en 1967 a 4 377 en 1971, teniendo solamente un 11 por ciento de ellos el grado de bachilleres. La totalidad de alumnos de las escuelas normales urbanas y rurales en 1974 ascendió a cerca de 10 000. Las normales urbanas arrojan altos porcentajes de congestiónamiento. Por ejemplo en la Normal "Simón Bolívar", de La Paz, hubo una relación de alumnos/aula de 119.

Hay notoria falta de orientación vocacional, pues muchos estudiantes se inscriben en las normales ya que éstas ofrecen la única alternativa de la educación universitaria, que también sufre de plétora de educandos. Los contenidos programáticos son anticuados y los planes de estudio carecen de unidad y coordinación. Hay falta de relación entre los conocimientos impartidos y la futura actuación de los docentes, de manera

que la formación para la docencia en Bolivia se encuentra de espaldas a la realidad social, económica, cultural y científica del país, no existiendo además investigación pedagógica.

Presupuestos, maestros y locales escolares

Aproximadamente el 23 por ciento del presupuesto general de la Nación, en 1975, estuvo destinado al Ministerio de Educación y Cultura. De un total de 6 832 millones de pesos bolivianos (341,6 millones de dólares de los Estados Unidos), el presupuesto educativo era de 1 470,4 millones de pesos bolivianos (73,5 millones de dólares de los Estados Unidos), correspondiendo exactamente al 23,4 por ciento¹. Anteriormente, el presupuesto del ramo de educación ascendía al 30 por ciento de los gastos globales del Estado.

El rubro de *servicios personales*, que comprende el pago de sueldos y salarios al personal docente y administrativo del ramo de educación, consume cerca del 76 por ciento del presupuesto educativo; pero los niveles salariales, sobre todo en las categorías más bajas, que son las que tienen menor antigüedad, son descorazonadores. El maestro es un elemento mal pagado.

El 70 por ciento del mismo presupuesto se destina a la educación urbana, siendo así que los campesinos forman los dos tercios de la población total de Bolivia y representan el 42 por ciento de la matrícula nacional. Téngase en cuenta, además, que el costo de la educación minera, petrolera y ferroviaria se carga a los presupuestos sociales de las empresas públicas respectivas, al margen del presupuesto del Ministerio de Educación.

En cuanto al personal cabe señalar que, en el periodo 1967-1971, el número de maestros de primaria aumentó en 28,7 por ciento y el de secundaria en un 90,07 por ciento, de manera que el aumento de maestros, que por ley deben ser obligatoriamente empleados en la educación fiscal, significa que un número mayor de maestros atienden proporcionalmente a un número menor de alumnos, como lo establecen los análisis sectoriales más serios. Hoy día el país cuenta con 57 000 maestros frente a 30 000 que había en 1970.

Algunos de los factores más negativos de la educación boliviana son la deficiente preparación de los maestros, su burocratización y rutinización, y su poco apego a la actualización pedagógica y metodológica voluntaria. Es casi axiomático decir que la inmensa mayoría de los maestros no lee libros, y algunos apenas la prensa diaria. La calificación profesional deja mucho que desear: los maestros empíricos, no norma-

1. Banco Central de Bolivia, *Memoria anual de gestión 1975*, cuadro estadístico 23-B, La Paz, Talleres Gráficos del Banco, 1976, 237 p.

listas, alcanzaban en 1971 un 42 por ciento en primaria y un 15 por ciento en secundaria. Maestros mal preparados, que ganan menos que un portero de Banco y que utilizan en la alimentación hasta el Bono Pro Libro mensual, sin alicientes materiales ni espirituales, no pueden proporcionar una buena educación. Son también víctimas del sistema.

Los locales generales son, por lo común, deficientes. Muchos de ellos son casonas vetustas, aunque en los últimos 20 años ha habido un incremento en las refecciones y las construcciones escolares, a cargo de un organismo descentralizado del Ministerio de Educación (CONES). La falta de bibliotecas escolares, laboratorios y talleres debidamente surtidos es deplorable; aun más, en muchas escuelas faltan bancos escolares, suplidos de cualquier manera por los alumnos y los padres de familia.

En las principales ciudades, la escasez de aulas ha obligado a la implantación de dos y tres turnos de trabajo lectivo en cada local (turnos matinal, de tarde y vespertino o nocturno).

Finalmente, la administración escolar misma —incluyendo en ella la supervisión escolar— es rutinaria, anticuada, con arranques erráticos, inconexa y pesada.

La universidad boliviana, la ciencia y la tecnología

La crisis de la educación abraza, igualmente, a la universidad. Ella es parte, además, de la crisis internacional de los sistemas de educación superior, más explosiva en los países del Tercer Mundo y en América Latina, continente este último donde existe, desde hace medio siglo, la fuerte tradición del movimiento universitario reformista.

En Bolivia la vida universitaria ha estado y está poderosamente inserta en los avatares de la vida política nacional. Ha sufrido las consecuencias de los vaivenes de ella y, en no pocos casos, ha sido también su protagonista en acontecimientos del signo opuesto. Puede considerarse, pues, a la universidad, junto a las Fuerzas Armadas y al movimiento sindical, como la fuente nutricia de los líderes que actúan en la decisión de los destinos patrios.

Bosquejo de la evolución universitaria

En el pasado colonial, la fundación de la Universidad Real y Pontificia de “San Francisco Xavier” de Chuquisaca (hoy Sucre) fue uno de los factores determinantes de la formación de la conciencia política revolucionaria e independentista de la élite criolla. Su Academia Carolina, que era exteriormente un taller de prácticas de la abogacía, fue un centro donde se discutían los principios de la revolución francesa y norteamericana y, particularmente, el pensamiento avanzado de los sacerdotes humanistas españoles.

Las demás universidades proceden todas de la época republicana; algunas de ellas —como las de Cochabamba y La Paz—, de la obra institucional y educativa de los libertadores Bolívar y Sucre. La más reciente es la Universidad “José Ballivián” del Beni, con asiento en la ciudad de Trinidad.

Como reflejo del movimiento de Reforma Universitaria de 1918 en Córdoba, Argentina, diez años más tarde, la juventud estudiosa boliviana convocó el primer Congreso Estudiantil y formó una Federación Nacional. Como consecuencia fueron denunciados la mediocridad, el carácter oligárquico, los métodos nemotécnicos y la estrecha dependencia de la actividad académica respecto de la política menuda de los gobiernos. La juventud del año 1928 propuso un plan universitario reformista.

El gobierno de Hernando Siles vio con simpatía la corriente juvenil, mas al ser derrocado por un golpe que inspiraron los grandes potentados mineros, la Junta Militar emergente neutralizó a los estudiantes al hacer aprobar, mediante el Referendum de 1931, la autonomía universitaria, prescindiendo de otros planteamientos esenciales y conexos reformistas.

La autonomía no cambió la naturaleza estructural de la educación superior. Según agudos críticos, la universidad no hizo más que pasar de la oligarquía oficialista a la oligarquía masónica. Se dijo que por ella no murió ni un ratón, puesto que fue un regalo de la oligarquía minera entonces dominante.

En 1938, durante los gobiernos militares “socialistas”, la Federación Universitaria Boliviana— reunida en un Congreso— dio el programa ideológico que tal vez sea el más avanzado de la historia de las luchas estudiantiles del país. Postulaba completar la reforma universitaria como parte de una revolución cultural, y ésta como consecuencia de una revolución social. Dijo, entonces, que “el área de lucha del universitariado no es otro que el área de lucha del proletariado”. Así, los estudiantes no serían sino una avanzadilla de la clase obrera, cuya conciencia estaba aún en formación.

A despecho de este programa, cuando en 1941-1946 Bolivia tuvo un gobierno militar políticamente progresista y socialmente reformista, el del teniente coronel Gualberto Villarroel, las universidades se convirtieron en un reducto de la vieja plutocracia, hasta el punto de que el cuartel general de la contrarrevolución, estuvo en el rectorado de la Universidad de “San Andrés”, de La Paz.

Luego, los universitarios se desplazaron nuevamente a la izquierda y, cuando advino la Revolución Nacional de 1952, otra vez viraron hacia la derecha, complicándose con movimientos fascistas adversarios de la reforma agraria y de las milicias obreras. El viraje a la izquierda se repitió durante la restauración del general Barrientos, y sus sectores más radicales simpatizaron con la guerrilla del Che Guevara. Por polarización, se formaron también grupos ultrarreaccionarios.

Hacia 1955 se produjo, dentro del proceso revolucionario que vivía el país, la primera de las llamadas “revoluciones universitarias”, con la intervención de fuerzas obreras y campesinas en las casas superiores de estudio. El experimento fracasó, ya que fue retirado el apoyo gubernamental indirecto, y se restableció la autonomía, quedando dominada la universidad por la derecha. Quince años después volvió a encenderse en los

claustros otra “revolución universitaria”, esta vez proveniente desde dentro, de las masas universitarias en acción, las que dispusieron lo siguiente:

“Un doble principio general resume las diferentes bases ideológicas que después se enuncian en detalle:

1. La universidad no puede pretender elaborar en sus laboratorios una ideología para el pueblo, ya que el pueblo ha elaborado su propia ideología en sus organismos más representativos y ha formado esta ideología.
2. La integración de la universidad con el pueblo significa, en todo caso, la integración de la universidad a la lucha del pueblo por su liberación”.¹

El hervidero universitario, que abarcaba todos los colores del espectro político boliviano —desde grupos profascistas hasta los guerrilleros de Teoponte— provocó un proceso, de perfiles caóticos, en el que bullían los principios de libertad de cátedra y de cátedra libre, de perfeccionamiento del co-gobierno paritario docente-estudiantil con participación laboral, de generalización de las universidades populares creadas por la anterior revolución, de coordinación interuniversitaria, etc.

El último cambio de gobierno habido en Bolivia — en 1971— clausuró o suspendió las labores universitarias por un año y medio con el fin, según se explicó entonces, de preparar un nuevo estatuto legal de la enseñanza superior, a la vez que reprimió fuertemente la politización universitaria.

Orientación y estructura de la universidad boliviana

El reordenamiento de la educación superior de 1972, hecho por el régimen militar, quedó expresado en la Ley Fundamental de la Universidad Boliviana, que se dictó mediante el decreto-ley n.º 12972, de 17 de octubre de aquel año. Sus primeros artículos dicen textualmente:

“*Artículo primero.* La Universidad Boliviana constituye un sistema unitario, integrado y coordinado, conformado por las universidades del país y sus órganos de dirección.

“*Artículo segundo.* Las universidades del sistema son: Mayor, Real y Pontificia de “San Francisco Xavier”, de Chuquisaca, Mayor de “San Andrés”, de La Paz, Mayor de “San Simón”, de Cochabamba, “Gabriel René Moreno”, de Santa Cruz, “Tomás Frías”, de Potosí, “Técnica”, de Oruro, “Juan Misael Saracho”, de Tarija, “General José Ballivián”, del Beni, nombradas por el orden de su fundación. Las que en el futuro fueren creadas se incluirán, igualmente, en el sistema”. (Así, fue

1. Centro de Desarrollo Integral, *La transformación actual en América Latina y en Bolivia*, p. 128, Oruro, Imprenta “Quelco”, 1970, 229 p.

incluida la Universidad Católica Boliviana, de La Paz, con prolongación en Cochabamba.)

Una Conferencia Nacional de Rectores y del Consejo Nacional de Educación Superior (CNES), celebrada en la población de Sorata, fijó así los principios básicos de la universidad boliviana unificada:

- “1. Debe ser bolivianista, por su eminente carácter nacional en función de la realidad del país, el subdesarrollo y por ende la liberación cultural económica.
2. Es liberadora, porque tiende a la afirmación de los valores humanos y de la nacionalidad, contra toda forma de dependencia, de alienación o de degradación de la conciencia individual.
3. Es integrada en lo interno y externo (...).
4. Es abierta por su orientación no formal en dos sentidos:
 - a) Educar toda la sociedad, y no sólo la escuela ni la universidad, en una responsabilidad global de todas sus instituciones: la familia, las fuerzas armadas, la Iglesia, la empresa, etc.
 - b) De aula abierta y de escuela sin muros en una función activa de la comunidad.
5. Es popular por su beneficio a los estratos depauperados, y por su preocupación por vencer el marginalismo de los sectores campesinos que son mayoritarios en el país.
6. Es humanista, persiguiendo el bien común, la defensa de los valores cristianos y la plena realización del hombre”¹.

No existe ya la anterior dispersión y aislamiento de las universidades públicas locales pero, en cambio, malgrado de las declaraciones formales en contrario, ha desaparecido la antigua autonomía universitaria, pues las labores de las universidades son planificadas, controladas y evaluadas por el CNES, designado por el gobierno central. El verticalismo existe en la designación de rectores, decanos de facultades, directores de carrera y demás autoridades docentes y administrativas. Últimamente comienza a revisarse la designación de catedráticos y ayudantes que se hizo al margen de los méritos y de los exámenes de competencia.

El Consejo Nacional de Educación Superior se compone de un presidente, un secretario general y cuatro directores, a saber: de enseñanza e investigación científica, de administración general, de planificación y estadística y de coordinación educativa. Cada una de las ocho universidades públicas tiene un gobierno superior compuesto de un rector, un vicerrector, un director general administrativo y un secretario general.

Todos los intentos, luchas y huelgas universitarias por la democratización de la vida universitaria y el derecho de libre elección de sus organismos estudiantiles, han sido sistemáticamente rechazados, por considerarlos ya subversivos, ya prematuros. Ha habido continuas reclama-

1. Consejo Nacional de Educación Superior, *Universidad Boliviana*, revista trimestral (La Paz), vol. I, nº 1, octubre-diciembre de 1976, p. 131-132.

ciones por la presencia de las fuerzas del orden en los recintos universitarios en momentos de agitación y también reclamaciones, poco menos que permanentes, por las detenciones y exilios de catedráticos y estudiantes.

Panorama de la educación superior

Para el año lectivo de 1977, la universidad boliviana admitió alrededor de 7 000 bachilleres que habían obtenido un mínimo satisfactorio en los exámenes de ingreso. En total, los estudiantes universitarios suman 50 000. Esta cifra obligará a revisar las proyecciones del Plan Quinquenal de Desarrollo que no preveía tal guarismo hasta 1980. Se ha producido, por lo tanto, lo que los documentos de todo tipo llaman la “explosión universitaria”.

Los exámenes de ingreso, criba destinada a eliminar a una parte considerable del cada vez más grande ejército de bachilleres, responden también a la necesidad de admitir a alumnos no excesivamente imprevistos. El abismo tradicionalmente existente entre la enseñanza secundaria y la universitaria no ha podido ser salvado hasta hoy, pese a que todos los canales de educación orientan a los alumnos hacia las expectativas de la universidad “doctorista”, cuya esencia como institución destinada a la formación de profesionales liberales —y actualmente de tecnócratas—, no ha cambiado.

Casi el 50 por ciento de los estudiantes de nivel superior se encuentran matriculados en la Universidad de “San Andrés”, de La Paz. En ésta y otras universidades del interior, la proliferación estudiantil ha hecho sumamente estrechas e incómodas las instalaciones preexistentes y las que hoy se levantan. Hay grupos de estudiantes que deben escuchar las lecciones hasta en los pasillos. Este hecho es antipedagógico ya que la distancia incluso física entre el enseñante y el educando resulta así excesiva.

Las carreras, en los niveles de licenciatura, técnico superior y técnico medio, han aumentado en más del 100 por ciento, pero la adopción del sistema de créditos por conjunto de materias obligatorias y voluntarias estimula un sentido individualista y antisolidario en los estudiantes, alejando a muchos de los educandos de las preocupaciones por la suerte de la universidad, del país y del pueblo.

El nepotismo, favoritismo y contratación de profesores mediocres se ha aliviado un tanto, debido a las luchas estudiantiles de los últimos años, pero el mal no ha sido desarraigado, de manera que, tal como lo anotaba en 1970 el Comité Revolucionario de la Facultad Nacional de Ingeniería de Oruro, “Las universidades bolivianas adolecen de una mediocridad insoportable en sus planteles de profesores. ¿Quién es profesor en la universidad? Un señor que ha estudiado una carrera y que por cualquier circunstancia acepta ser “catedrático”. ¿Hace carrera de

profesor? ¿Investiga? ¿Publica trabajos? ¿Prepara y defiende una disertación profesional para obtener ese elevadísimo título académico? No: las excepciones prueban la regla”¹.

La mayoría estudiantil, habitualmente silenciosa e inactiva, desarrolla su ciclo universitario como el medio más apto para obtener un título que le proporcione respetabilidad social, buen pasar económico y un nivel de vida de clase media alta. La minoría activa y bulliciosa, la que tiene conciencia política y se encuentra comprometida con los intereses del país desde su punto de vista, termina, también, mayoritariamente, atenuando sus ideales o defecionando de ellos, al obtener el codiciado título. Sus miembros son los clásicos bomberos que fueron primero incendiarios.

No todos los profesionales universitarios obtienen, por supuesto, la satisfacción de sus expectativas. Los que escalan los altos puestos en el ejercicio de la profesión, en la tecnoburocracia estatal o en la empresa privada son los más afortunados, a menudo gracias a vinculaciones familiares y económicas con los ilustres apellidos de la oligarquía. La competencia profesional produce grandes desigualdades, pues hay no sólo profesionales pobres sino, también, desocupados, como sucede en el ramo médico.

Bolivia, con su extensa zona campesina sin médicos (los sustituyen los *tiris* o brujos indígenas), tiene egresados sin empleo, si se entiende éste como un puesto asalariado a cargo del Ministerio de Salud o de las cajas de Seguridad Social.

En suma, la universidad después de la contrarreforma de 1972 y de una nueva modificación de 1974 —que hace ver que la crisis subsiste—, sigue siendo una universidad aristocratizante, liberal y tecnocrática, que produce en serie profesionales privilegiados, dentro de una mentalidad utilitaria, que prefiere los indicadores del mercado del trabajo y las necesidades de las empresas, antes que las luchas, los anhelos y las perspectivas del pueblo indomestizo.

Los costos de la educación universitaria

En su trabajo *Costos y financiamiento de la educación pública en Bolivia*, Teresa Balderrama y Jorge Rivera hicieron la siguiente comparación relativa a la gestión de 1970: el presupuesto de la universidad boliviana, para una matrícula de 23 155 alumnos, fue de 100 095 828,05 pesos bolivianos y el presupuesto general de la Educación boliviana, para una matrícula nacional de 677 346 alumnos de los distintos ciclos, fue de 460 418 000 pesos bolivianos (la paridad del peso boliviano con el

1. Mariano Baptista Gumucio, *Salvemos a Bolivia de la escuela*, p. 95-96, La Paz, Editorial Los Amigos del Libro, 222 p.

dólar de los Estados Unidos era, entonces, de 12 pesos). Por lo tanto, la matrícula universitaria, que representaba sólo el 3,4 por ciento de la matrícula estudiantil total, tenía un presupuesto universitario equivalente a 21,74 por ciento del Presupuesto General de Educación¹.

El documento final del Seminario sobre Democratización de la Educación, celebrado en mayo de 1974, proporciona cifras pormenorizadas, fijando un costo de 4 429,99 pesos bolivianos por alumno-año. Para la conversión en dólares de los Estados Unidos, esta cantidad debe calcularse a la paridad de un dólar por 20 pesos, que rige desde la devaluación monetaria de octubre de 1972.

Dicho documento dice:

“No obstante, este costo unitario global varía de una a otra universidad y de una a otra facultad. Mientras un alumno de derecho cuesta 1 518,44 pesos al año en la Universidad Mayor de “San Andrés”, de La Paz, en la Universidad “Tomás Frías”, de Potosí, cuesta 10 484,31 pesos. Un ingeniero industrial cuesta 5 502,12 pesos al año en La Paz; 7 017,37 pesos en la Universidad Técnica de Oruro; y 10 214,15 pesos en Potosí. Un estudiante de farmacia cuesta 3 398,36 pesos al año en La Paz y 7 491,10 pesos en la Universidad “Gabriel René Moreno”, en Santa Cruz. En Santa Cruz también, un alumno de veterinaria cuesta al país 16 155,48 pesos por año. Y en la Universidad “José Ballivián” del Beni, un estudiante de zootecnia cuesta al año 22 982,47 pesos bolivianos. Estas solas cifras son de por sí suficientemente elocuentes sobre el precio que Bolivia paga por sus profesionales”².

A su vez, el presidente de CNES, Mario Rolón Anaya, escribe: “El país gasta en el orden de 500 millones de pesos al año en el sostenimiento de las universidades, o sea unos 25 millones de dólares que, divididos por 35 000 estudiantes (datos de 1955), dan un costo anual de 14 300 pesos o sea 715 dólares por estudiante”³.

Para comprender lo oneroso que resulta sostener a los estudiantes universitarios, en un país donde el analfabetismo es una grave y crónica lacra social, debe tenerse en cuenta que sólo la séptima parte de la matrícula universitaria, equivalente al 0,4 por ciento de los habitantes, termina la educación superior. Dentro del presupuesto universitario, los montos recaudados por el pago de matrícula de cada estudiante son ínfimos.

1. Teresa Balderrama; Jorge Rivera, “Costos y financiamiento de la educación pública en Bolivia”, en *Estudios educacionales* (La Paz), n° 3, 1973. (Revista publicada por la Comisión Episcopal de Educación).
2. Asociación Boliviana de Educación Católica y Secretariado Nacional de la Comisión Episcopal de Educación, *Democratización de la enseñanza*, p. 46, La Paz, Editorial “Don Bosco”, 1975, 96 p.
3. Consejo Nacional de Educación Superior, *Universidad boliviana, Op. Cit.*, p. 22.

La investigación científico-tecnológica

En Bolivia, como en otros países dependientes y atrasados, se habla mucho del desarrollo acelerado y continuado. El pensamiento más avanzado sostiene que tal desarrollo debe ser mixto, económico y social, armónico y equilibrado, y destinado a la consecución de la independencia económica nacional coordinada con la integración regional y subregional de América Latina.

Las metas del desarrollo socioeconómico necesitan el incremento cualitativo y cuantitativo de la investigación científica y tecnológica para el aprovechamiento óptimo de los recursos sociales.

“El intentar un esfuerzo de previsión y programación del desarrollo tecnológico lleva” —escribió el científico Gastón R. Mejía— “a través de sus componentes parciales: la educación y la investigación, a fortalecer el crecimiento de los países. Este hecho se visualiza claramente, si consideramos que en países avanzados, la incidencia de la planificación de la educación e investigación, en el crecimiento de los mismos, es del orden del 80 por ciento, y la correspondiente a la inversión de capital, solamente de un 10 por ciento”¹.

Los centros de investigación dependientes de la universidad boliviana son: el Centro de Cálculo, el Instituto Boliviano de Biología de Altura, el Instituto Geofísico Boliviano, el Instituto de Investigaciones Geológicas, el Observatorio Astronómico y su Planetario, el Laboratorio de Investigación Química, el Centro de Documentación e Información Científica y Técnica, el Instituto de Investigaciones Históricas, el Laboratorio de Física Cósmica.

Muy pocas de las instituciones dedicadas a la enseñanza científica y tecnológica poseen buenas bibliotecas especializadas, laboratorios y equipos dignos de este nombre. Las demás presentan notorias carencias, por lo que un 78 por ciento de los proyectos de investigación no han sido ejecutados. Hace falta un inventario de la infraestructura científico-tecnológica a escala nacional.

La entidad que agrupa a los científicos bolivianos es la Academia Nacional de Ciencias, fundada el 23 de septiembre de 1960, cuya finalidad es la de orientar y dirigir las investigaciones científico-tecnológicas en el país, coordinando estos trabajos con las universidades, institutos y laboratorios de la República y las instituciones científicas del extranjero. Su labor se ha limitado a la publicación de algunas obras.

Otros organismos encargados de la difusión científica que cumplen destacada labor son la Comisión Nacional para el Fomento de las Ciencias, constituida en 1973 por el gobierno boliviano, el Instituto Geológico

1. Gastón R. Mejía, “La importancia de la investigación en la Universidad” en *Gaceta Universitaria*, revista de la Universidad Mayor de “San Andrés” (La Paz), n° 2, noviembre de 1969, p. 68.

Boliviano (GEOBOL), la Comisión Boliviana de Energía Nuclear, el Instituto de Investigaciones Minero-Metalúrgicas.

“El Servicio Geológico de Bolivia (GEOBOL)” —anota Orlando Capriles Villazón en un ensayo— “estuvo inicialmente financiado por USAID pero, luego, su sostenimiento económico pasó íntegramente al Estado. Presta servicios en el campo de la prospección, identificación y evaluación de los recursos naturales no renovables. Elaboró parte de la carta geológica nacional, prestó asesoramiento técnico a la minería, hizo levantamientos mineralógicos por contratos con empresas privadas y fiscales, realizó perforaciones y análisis de laboratorio. En los últimos años suscribió un convenio con los Estados Unidos para la elaboración y el estudio de datos de exploración geológica espacial, realizada mediante los satélites “Erzst” y “Skylab”, siendo el trabajo realizado por los geólogos nacionales de muy alta calidad.”¹

La Comisión Boliviana de Energía Nuclear (COBOEN) se encarga de detectar, localizar, explotar y refinar los recursos minerales radioactivos, que son monopolio del Estado. Con materiales provenientes de sus yacimientos de Tarija y Potosí ha logrado obtener, en laboratorio piloto, isótopos primarios de uranio para fines civiles.

El Instituto de Investigaciones Minero-Metalúrgicas (IIM) fue fundado en 1966 mediante un convenio con las Naciones Unidas. Sus fines son mejorar la tecnología de prospección, extracción y refinación de los minerales bolivianos. Son conocidas sus investigaciones sobre volatilización de complejos de estaño, análisis de los minerales de ferro-manganeso de Ravelo y del Mutún (uno de los yacimientos ferríferos más grandes del mundo), y la recuperación de cobre utilizando bacterias.

A las instituciones anteriores debemos agregar otras dos, dependientes del Instituto Boliviano de Cultura, dada su destacada importancia:

La primera es el Instituto Nacional de Arqueología (INAR), que tiene la misión de estudiar sistemáticamente las culturas precolombinas, catalogar las piezas arqueológicas halladas, conservar el acervo cultural precolonial y realizar labor de publicaciones científicas. El INAR fue fundado en marzo de 1975, sobre la base del Instituto de Investigaciones Arqueológicas de Tiwanaku, que data de 1958. Ha venido realizando excavaciones, clasificación de piezas e investigaciones en las áreas arqueológicas de Tiwanaku (el principal centro hasta hoy, con merecida fama mundial gracias a su director y animador, el arqueólogo boliviano Carlos Ponce Sanjinés), Samaipata, Iskanwaya, Chiripa, el Fuerte, Comarapa, Kalakala, Copacabana, Mamkoru, Pukarilla, Khari y Aukapata. El INAR se enfrenta con un trabajo gigantesco, especialmente por la existencia de más de 20 000 yacimientos arqueológicos en las selvas del Beni, que acusan la probable presencia de una importante cultura precolombina.

1. Orlando Capriles Villazón, *Historia de la minería boliviana*, inédito.

La segunda institución es el Instituto Nacional de Antropología (INA), creado en 1975, con el objetivo de defender los patrimonios culturales nativos y tradicionales, registrar y catalogar los bienes de este tipo, organizar museos antropológicos, investigar y publicar trabajos. Tiene los siguientes departamentos: de Investigaciones Antropológicas, de Catalogación del Patrimonio Etnográfico, de Etnomusicología y Folklore, de Documentación Antropológica, de Estudios Lingüísticos, de Museos.

La política cultural de los gobiernos bolivianos

Si entendemos por política cultural un conjunto sistemático de designios —esto es, una estrategia— y de planes y proyectos sujetos a un cronograma de cumplimiento, bien puede decirse que Bolivia ha carecido, las más de las veces, de políticas culturales orgánicas.

Sin embargo, no ha habido ningún gobierno que no tuviera algún tipo de estrategia cultural, especialmente de las expresiones artísticas e intelectuales, en consonancia con su naturaleza social y su ideología.

Las políticas culturales implícitas, no formales, que caracterizaron la vida de la República hasta la revolución de 1952 fueron de una tendencia segregacionista, de negociación y aplastamiento de las culturas nativas y de culto de todo lo extranjero. Al españolismo de la Colonia sucedió el afrancesamiento de los pensadores de fines del siglo XIX y, luego, en el siglo XX, una amplificación europeísta y filonorteamericana.

En un ambiente de execración de la música y del folklore autóctonos, de asfixia del libro nacional y, en general, de alienación cultural, unos pocos creadores fueron rompiendo el hielo, como el eximio poeta de mitologías nórdicas, Franz Tamayo, que escribió una notable *Pedagogía nacional*, el novelista y crítico Carlos Medinaceli, los pintores Cecilio Guzmán de Rojas y Arturo Borda, que tomaron el indigenismo y la mitología andina como tema de sus obras.

Antes de 1952, el Ministerio de Educación era, también, de Bellas Artes, pero éstas estaban reducidas a una oficina miserable que atendía malamente a algún conservatorio de música y algunas escuelas de artes plásticas, sin mayor vitalidad ni proyección.

Política cultural de la Revolución Nacional

La insurgencia popular del 9 de abril de 1952, que sustituyó los gobiernos de la vieja oligarquía minero-feudal por otro que expresaba la alianza de los sectores populares tradicionalmente oprimidos, produjo una modificación radical en el tratamiento de los problemas de la cultura, dentro de un gran margen de improvisación, más bien que de una planificación necesaria.

Inicialmente se creó un Ministerio de Cultura que, por avatares políticos, fue reemplazado por la Subsecretaría de Prensa, Informaciones y Cultura (SPIC), dependiente de la Presidencia del Gobierno Revolucionario, con rango de ministerio.

La SPIC fortaleció la Imprenta del Estado y Radio "Illimani", dándoles un nuevo sentido y una nueva tónica. De la Imprenta del Estado, aparte de las publicaciones oficiales y de la folletería propagandística, salieron algunas obras de autores noveles, particularmente en el género del cuento.

El diario del partido dominante —el Movimiento Nacionalista Revolucionario— denominado *La Nación*, desplegó una destacadísima labor en beneficio de las corrientes auténticamente bolivianas de la cultura, mediante su *Suplemento Literario* dominical, no obstante que, por ser una empresa novel, no siempre todos los trabajos acusaron alta calidad y madurez.

El régimen de la Revolución Nacional creó los "Premios nacionales" de literatura, pintura, etc., que tuvieron gran predicamento y originaron animada discusión pues, como sucede en estos casos, frente a los laureados quedan siempre los descontentos. Es importante anotar que, en materia de arte pictórico, se dio gran impulso al muralismo, en el que sobresalieron los pintores Miguel Alandía Pantoja, Enrique y otros. El movimiento militar que, en 1964, acabó con el referido periodo revolucionario destruyó los murales de Alandía Pantoja que se encontraban en el Palacio de Gobierno y en el Legislativo.

La revolución de abril creó el Instituto Cinematográfico Boliviano, cuya tarea fundamental era la de producir noticiarios sobre los sucesos revolucionarios y la labor gubernamental. Fue criticado por los cineastas bolivianos de no haberles dado facilidades de trabajo independiente, y sólo hacia el final de su existencia produjo algunos largometrajes importantes.

Política cultural de la reapertura democrática

El 9 de noviembre de 1969, un golpe militar de signo distinto al gobierno del general René Barrientos trajo al país lo que se llamó entonces "la reapertura democrática", consistente en una vuelta a los postulados

de 1952 por parte de una coalición formada por las fuerzas armadas revolucionarias y la nueva generación política de intelectuales.

El Ministerio de Educación y Cultura se preocupó no sólo de combatir el analfabetismo y de utilizar mejor los recursos escolares disponibles, sino que, por primera vez en la historia de Bolivia, elaboró una política cultural coherente, que se expresó en una *Declaración del Gobierno Revolucionario sobre política educacional, cultural y científica*, fechada en enero de 1970, cuyo texto, dado su valor, creemos necesario transcribir *in extenso*:¹

DECLARACIÓN DEL GOBIERNO REVOLUCIONARIO SOBRE
POLÍTICA EDUCATIVA, CULTURAL Y CIENTÍFICA

La sociedad boliviana se ha caracterizado por su dualidad estructural: de un lado, apreciables sectores de campesinos, obreros y artesanos que han vivido marginados de los beneficios de la cultura y la civilización moderna y, de otro, un bajísimo porcentaje de la población que goza de todos los bienes y servicios sociales y asume el derecho de decidir sobre los destinos de la Nación. Esta desintegración de la sociedad, agravada por la mentalidad alineada de los grupos dirigentes que gobernaron tradicionalmente el país de espaldas a los anhelos de liberación de esas mayorías marginadas, ha determinado el estado de dependencia económica y cultural en que vive actualmente el pueblo boliviano.

Para la superación de esta realidad, con un criterio primordialmente tecnocrático, se han ensayado esquemas y modelos "desarrollistas" que tienden a convertir la sociedad boliviana en una sociedad de consumo, pretendiendo ignorar las verdaderas causas de marginalidad interna y dependencia externa y creando una organización social más injusta aún, copiada del modelo de los países capitalistas.

Una efectiva integración requiere una gran transformación revolucionaria que tenga dos metas coordinadas y dinámicas: cambio de estructuras sociales y políticas, y cambio del sistema de valores. De este modo se logrará la conformación de una sociedad solidaria, que radique su esencia en la dignidad, en la justicia social y en el pleno desarrollo del ser humano, su identidad en la realidad histórica nacional, y su vigencia en los actuales avances científicos y tecnológicos.

En estos términos, debe entenderse el desarrollo como la obtención del bien común, solidario e integral, que abarque y beneficie a todos los bolivianos sin excepción, y que al mismo tiempo comprenda todos los órdenes de vida nacional. El sistema educativo debe dinamizar este proceso, promoviendo los valores sociales y los conocimientos científicos que el pueblo boliviano necesita para participar con decisión en la empresa de transformación nacional en que se halla empeñado el Gobierno Revolucionario.

Por ello, el Gobierno Revolucionario de Bolivia declara que orientará su acción en el campo de la educación, la ciencia y la cultura, en conformidad con los siguientes principios y objetivos:

1. Mariano Baptista Gumucio, *Pido la paz y la palabra*, p. 133-150, La Paz, Editorial Los Amigos del Libro, 1970, 154 p.

I. *En el campo de la educación*

1. La educación es suprema función del Estado, derecho inalienable del pueblo e instrumento de su liberación. Tienen derecho a ella todos los bolivianos y se la proporcionará a través de una variedad de oportunidades educacionales que satisfagan las necesidades de la formación individual tanto como las del desarrollo económico y social del país.

2. La educación sustentará los valores fundamentales de la persona humana: dignidad, solidaridad, responsabilidad, libertad y anhelo de perfección.

3. Se encauzará a través de dos corrientes: la de los valores positivos de la realidad nacional intranferibles en su ser histórico, y la de aquellos valores universales que no supongan alienación, mecanización, deshumanización o sometimiento del hombre boliviano.

4. Formará al hombre boliviano en función de la realidad del país y de América Latina y de las respuestas que deben darse a los problemas del subdesarrollo, la desvertebración nacional y continental, las presiones neocolonizadoras y la subalternización a intereses foráneos.

5. El proceso educativo se afirmará en los valores fundamentales de la persona humana y será instrumento para la consolidación de la democracia efectiva, fundada en la participación del pueblo en el poder político y económico y en el disfrute de los bienes y valores culturales.

6. El Estado dirigirá la educación, proveerá y controlará sus medios en función de las necesidades del proceso psico-biológico del educando, de los requerimientos del desarrollo económico-social del país, y del imperativo de formar una conciencia nacional fundada en la dignidad y en el derecho del pueblo a su autodeterminación.

7. Buscará que la educación nacional sea integral y comprenda todos los niveles educativos: elemental, medio, normal, superior e informal. Para lograr dicho fin se establecerán fases de movilización y transformación educativa que permitan la convergencia de todos los niveles, sectores e instituciones educativos y la eliminación de diferencias que hasta hoy sólo influyeron, por un extremo, a una mayor estratificación social y a un distanciamiento cada vez más profundo con los sectores marginales y populares, y por otro, a una grave incoherencia en todo el sistema educativo y social.

8. Impulsará la generalización de una escuela primaria orientada, según el medio, hacia las manualidades de taller y las prácticas elementales agrícolas con el fin de dignificar el trabajo manual y dotar a los educandos que se marginan del proceso escolar a temprana edad, de habilidades prácticas, hábitos de trabajo y actitudes sociales que los habiliten para su incorporación a la vida económica de la comunidad.

9. Estimulará la movilización de toda la población educada, maestros, universitarios, estudiantes, fuerzas armadas, Guardia Nacional, sindicatos y otras fuerzas vivas del país, en especial la prensa, en favor de una gran campaña alfabetizadora y de educación de adultos, hasta lograr la incorporación efectiva de las mayorías campesinas, obreras y artesanales a la vida nacional y al pleno conocimiento y ejercicio de sus derechos y obligaciones.

10. Creará la infraestructura y las condiciones necesarias para una enseñanza técnico-profesional que promueva la formación de mano de obra calificada y de técnicos medios requeridos para el desarrollo económico y social del país. La educación de adultos, en sus tres modalidades— alfabetización, entrenamiento

profesional y cultura general— debe servir a los fines del desarrollo de la comunidad, de la elevación del nivel de vida de las clases mayoritarias y del mejoramiento de la mano de obra comprometida en la producción.

11. Orientará la reforma del sistema educativo en el sentido de aumentar la escolaridad básica obligatoria y, mientras no se superen las altas tasas de deserción escolar, buscará la posibilidad de que cada ciclo sea terminal y capacite al alumno para ser un ciudadano útil a la comunidad. Igualmente diversificará la enseñanza media y la educación superior hacia las carreras cortas y especializaciones que demanda el desarrollo del país asignando prioridad a la enseñanza técnico-profesional.

12. Sostendrá el derecho de reintegración marítima como razón de vida, principio de conciencia colectiva e imperativo histórico.

13. Estimulará el mejoramiento profesional de los maestros en actual servicio, la capacitación de los maestros interinos y la especialización de los administradores de la educación; dispondrá la racionalización del sistema de promoción profesional docente y la ejecución de un plan de ayuda más efectiva al estudiante de las normales a fin de retener en la profesión docente a los elementos más aptos.

14. Respetará el derecho de sindicalización docente y estimulará la participación responsable del sindicalismo organizado en las tareas de reestructuración científica y técnica del sistema escolar.

15. Pondrá en ejecución un plan de construcciones, ampliación y refacción de locales escolares, en vista de que la carencia o el mal estado en que se encuentra la mayoría de ellos, constituyen factores negativos para el mejoramiento y expansión del sistema escolar.

16. Unificará los servicios de educación urbana y rural con el fin de establecer un sistema único de educación nacional. Racionalizará las relaciones de autoridad entre los cuadros de la administración de la educación a diferentes niveles y entre éstos y los organismos de planificación, con el fin de evitar la duplicación de esfuerzos y el excesivo centralismo administrativo que frena la iniciativa y limita la libertad creadora.

17. Comprometerá el concurso de las universidades autónomas con el Plan de Desarrollo nacional al servicio del pueblo, a fin de que, con el análisis de las demandas del mercado profesional y ocupacional y de los requerimientos del país en materia de educación superior, las Universidades provean a la comunidad nacional de profesionales y técnicos que, además de su calificación académica, posean una alta sensibilidad social, y con el objeto de que las casas superiores de estudios cumplan eficientemente las labores de investigación científica y promoción cultural a que están destinadas.

II. *En el campo de la cultura*

18. Llevará a cabo una verdadera revolución cultural, con sentido de autoafirmación y valoración del legado espiritual del pueblo boliviano, que contribuya a superar los decenios de sumisión colonialista y enajenación, de manera que Bolivia se fisonomicie por su cultura propia enraizada en la tradición nativa, sin menospreciar el legado común de la civilización occidental y el aporte vivificante de otras culturas.

19. Creará la Casa de la Cultura Boliviana para promover con pleno contenido

nacional, las manifestaciones de la pintura, escultura, música, danza y ballet, cine, literatura, teatro, folklore y otras expresiones artísticas.

20. Organizará el Instituto Nacional de Investigaciones Históricas para que proceda a la revisión de nuestro pasado escrito y a la interpretación científica de los hechos históricos y promueva la clasificación de archivos y bibliotecas.

21. Instituirá Tiwanaku como la capital arqueológica de Bolivia y concederá carácter prioritario a los trabajos que ejecutan allí investigadores bolivianos para establecer los orígenes mismos de la nacionalidad en esa antigua civilización americana.

22. Promoverá la valoración y el estudio de las antiguas culturas que tuvieron como escenario diversos lugares de nuestro territorio, tales como la cultura ciscachanense, ayapitence, megalítica de Huancarani, megalítica de Oruro, megalítica de Cochabamba, de Tarija, de Lípez, sauces, tupuraya, mojocoya, nazcoide, yampara, Presto-Puno, Humahuaca, Huruquilla, Yura, Chaquí, Mollo, del Reino Colla o aymara, inca, el Palmar de Chiquitos y arawak del Beni.

23. Prestará su más decidido apoyo a las instituciones que se dediquen al estudio de las lenguas aborígenes, en especial al aymara, el quechua y las de raíz arawak y tupí-guaraní, así como a las universidades que sostengan cátedras para el estudio y difusión de estas lenguas.

24. Dispondrá la catalogación de la riqueza arqueológica, artística e histórica de Bolivia y hará cumplir estrictamente las prescripciones legales que prohíben la exportación de la misma.

25. Incrementará el patrimonio museológico del país y mejorará el sistema de exhibición en los repositorios existentes. En las capitales de departamento se crearán museos que conserven el patrimonio artístico de la región.

26. Incrementará el fondo y mejorará los servicios de la Biblioteca y Archivo Nacional, así como de las bibliotecas existentes y fomentará la creación de nuevas bibliotecas populares y escolares. Creará el Banco del Libro a fin de facilitar textos a los estudiantes de escasos recursos económicos y fomentará el hábito de la lectura en todos los sectores de la población.

27. Creará consejos de cultura en cada capital de departamento que funcionen bajo la supervisión y el apoyo de la Casa de la Cultura Boliviana, con la participación de las respectivas prefecturas, municipalidades y universidades.

28. Organizará una Cinemateca en la que se deposite y exhiba la producción cinematográfica de valor documental hecha en el país así como las obras clásicas de la cinematografía mundial. Organizará igualmente una Fototeca nacional para fines de documentación, inventariación de monumentos y promoción turística.

29. Reorientará los servicios de la Radio y de Televisión Nacional en beneficio de las clases populares, la alfabetización, la educación de adultos y la extensión cultural y propondrá a los países del área andina un plan de educación masiva vía satélite, destinado a todos los habitantes de la región.

30. Fomentará la extensión cultural en vasta escala y promoverá la producción y comercialización de las artesanías populares, expresión auténtica del alma vernácula.

III. *En el campo de la ciencia y la tecnología*

31. Establecerá un programa nacional científico y tecnológico que permita la aplicación de la ciencia y la tecnología en el desarrollo del país, con metas específicas a largo y corto plazo.

32. Impulsará las actividades de la Academia Nacional de Ciencias para que, en su carácter de organismo estatal descentralizado, estudie la mejor coordinación de los institutos y centros de investigación científica, evitando la duplicidad de esfuerzos, dispersión de recursos y la irracional utilización del potencial humano de alto nivel.

33. Estimulará todo esfuerzo que hagan las universidades autónomas en favor de la investigación científica. Promoverá, igualmente, la creación de institutos de investigación en las casas superiores de estudio, donde se investigue y analice problemas relacionados con el desarrollo económico y social y se forme el personal de nivel científico necesario para la enseñanza y el trabajo productivo.

34. Promoverá la creación de incentivos en el país para detener el éxodo de profesionales y técnicos cuyos servicios son necesarios en esta etapa de transformación nacional, y dará facilidades para su retorno a aquellos que desean incorporarse al seno de la Patria para contribuir con su capacidad profesional a las tareas del desarrollo.

35. Prestará decidido apoyo a las ciencias naturales y biológicas, reconociendo las ventajas que significa la inversión en programas de este género, acordes al grado de desarrollo y a la realidad del país.

36. Promoverá en el país el empleo progresivo de la cibernética para el control, el almacenamiento y la difusión de datos e informaciones y el mejoramiento de las estadísticas.

37. Recurrirá a la asistencia técnica extranjera, únicamente en caso de que no existan especialistas nacionales en la materia, estimulando así a los expertos bolivianos para que encaren sus responsabilidades al servicio del país.

38. Convocará a los científicos para que se unan al pueblo en la defensa de los recursos naturales y estudien los mejores métodos de explotación o renovación de los mismos en beneficio de Bolivia.

En consonancia con la anterior declaración, el Ministerio de Educación y Cultura en el año de gobierno que duró el régimen de Ovando, además de adelantar el Programa de Alfabetización, creó la Escuela Nacional de Folklore, el Banco del Libro y la *Revista Nacional de Cultura*, e impulsó otros varios programas que sería largo enumerar.

Antes del advenimiento del régimen actual de gobierno del general Banzer, cabe anotar que el general Barrientos inauguró la televisión en Bolivia mediante una empresa de propiedad del Estado. Luego, el gobierno del general Tórrez creó un Ministerio de Cultura separado, con el fin de impulsar las actividades culturales, pero el experimento fracasó con la caída de su gobierno que se produjo en menos de un año.

Política cultural actual

La atención gubernamental de la cultura ha vuelto a ser parte del Ministerio de Educación, vegetando sin fortuna hasta la formación del Instituto Boliviano de Cultura (IBC) el 14 de marzo de 1975, bajo la dirección de la antropóloga Julia Elena Fortún, organismo que parece destinado a dar un vuelo considerable a las tareas que se le han encomendado. De acuerdo a su Estatuto Orgánico, las finalidades que debe cumplir son las siguientes:

- a) Promover y acrecentar la cultura nacional en todas sus manifestaciones.
- b) Realizar las investigaciones científicas y convenientes para el desarrollo de la cultura.
- c) Conservar y defender el patrimonio cultural del país.
- ch) Proteger y registrar la propiedad intelectual.
- d) Difundir la cultura nacional en todas sus manifestaciones.
- e) Diseñar, programar, ejecutar y evaluar todos los proyectos destinados al desarrollo de la cultura.¹

El IBC está compuesto de las siguientes entidades operativas: Instituto Nacional de Arqueología, Instituto Nacional de Antropología, Instituto Nacional de Artes Plásticas, Instituto Nacional de Historia y Literatura, Instituto Nacional de Música y Arte Escénico, Departamento de Educación Extraescolar.

Para su funcionamiento, el presupuesto nacional debe contener anualmente las partidas financieras del caso.

Por desgracia, el Plan Quinquenal de Desarrollo Económico y Social, en vigencia hasta 1980, no tiene ni un párrafo destinado al incremento sistemático de la cultura. Ante este vacío, el IBC tuvo el acierto de convocar y reunir, en La Paz, en la primera quincena de marzo de 1977, la Primera Conferencia Nacional de Desarrollo Cultural, con la participación de las organizaciones que se ocupan de este tipo de trabajo en el gobierno central, las municipalidades y otras entidades oficiales.

Lamentablemente, las organizaciones de los interesados —las federaciones de escritores, artistas, músicos, cineclubistas, etc.— no fueron llamadas a expresar su opinión. Quizá esto pueda subsanarse en el futuro.

Los resultados de la nombrada Conferencia se han traducido en conclusiones y recomendaciones que, de ninguna manera, igualan la organicidad y la calidad de la Declaración de Política Cultural de 1970. Sin embargo, como una pauta para la factibilidad real de una serie de obras, tales conclusiones y recomendaciones son de gran valor y utilidad. A continuación las transcribimos al pie de la letra ²:

1. Instituto Boliviano de Cultura, *Estatuto Orgánico*, p. 1, La Paz, Dirección de Administración, 1976, 21 p. Mimeografiado.
2. Instituto Boliviano de Cultura, *Resumen de conclusiones y recomendaciones, I^a. Conferencia Nacional de Desarrollo Cultural, La Paz, 10 al 12 de marzo de 1977.*

Conclusiones generales

1. Declarar que, dentro del contexto general de la planificación del desarrollo nacional y regional, la política cultural es un elemento prioritario, integrado a las políticas económicas y sociales.

1.1 Implementar y/o reestructurar un sistema institucional, multisectorial, a nivel nacional y departamental, que permita la aplicación coordinada de la política de desarrollo integral, con el suficiente respaldo administrativo, financiero y legal.

2. Crear en todas las capitales de departamento comités departamentales de cultura, con la participación directa del Instituto Boliviano de Cultura, de las prefecturas, alcaldías municipales, universidades, corporaciones de desarrollo y/o comités de obras públicas, direcciones regionales de turismo, secretarías departamentales de juventudes y de todos los organismos públicos y privados que estén en posibilidad de dar a nivel departamental los soportes necesarios para la implementación de programas de desarrollo cultural dentro de la política cultural nacional aprobada por la presente Conferencia y coordinada por el Instituto Boliviano de Cultura.

3. Encomendar al Instituto Boliviano de Cultura gestione ante los organismos pertinentes la emisión de una serie de sellos postales que refuercen los programas culturales de la entidad y de los comités departamentales de cultura.

4. Solicitar a las autoridades correspondientes la creación de una Escuela Nacional de Antropología a la brevedad posible, en mérito a que la VI Reunión de Ministros de Educación del Convenio "Andrés Bello" aprobó la creación del Instituto de Antropología Andina, con sede en la ciudad de La Paz, que demandará la participación de antropólogos bolivianos.

5. Establecer en las capitales de departamento donde no existieren, archivos departamentales que centralicen las documentaciones dispersas en ciudades, provincias, cantones y vicecantones.

5.1 Determinar que esta tarea sea realizada por los comités departamentales de cultura con la cooperación de las autoridades departamentales interesadas y en coordinación con el Programa de Desarrollo del Servicio de Documentos Públicos y Archivos de Bolivia, patrocinado por la UMSA y la OEA.

5.2 En caso de imposibilidad de centralizar algunas documentaciones en las capitales de departamento, proceder a la inventariación y reproducción de dichas documentaciones por cualquiera de los recursos técnicos en uso.

Conclusiones especiales :

1. Apoyar la realización en fecha próxima del Primer Congreso Nacional de Defensa del Patrimonio Cultural en la ciudad de Potosí, con el auspicio de la Universidad Boliviana "Tomás Frías" de la indicada ciudad.

1.1 Prestar el decidido apoyo, a través del Instituto Boliviano de Cultura y de los comités departamentales de cultura, para la realización de tan importante evento de defensa de nuestro patrimonio cultural.

2. Solicitar al Ministerio de Minería y Metalurgia suspenda trabajos que realiza en el subsuelo de Potosí, que afectan la conservación de importantes monumentos coloniales que pertenecen al Patrimonio Nacional.

2.1 Que, igualmente, se restrinjan y eviten trabajos realizados por empresas mineras públicas y privadas que comprometan áreas urbanas de gran valor cultural.

2.2 Solicitar a dichas entidades contribuir con aporte económico necesario para la restauración de los templos de San Benito y Santa Teresa, así como para la organización del Museo de este Monasterio.

3. Solicitar a las autoridades eclesiásticas de Cochabamba se destine el Convento de Santa Teresa para Museo Diocesano, a fin de evitar la pérdida de valiosas obras de arte existentes en el departamento.

4. Pedir a los organismos correspondientes la asistencia técnica necesaria tanto para el traslado, en la ciudad de Oruro, de las portadas de la Iglesia de la Compañía (Catedral), de estilo barroco; y del Beaterio de los Nazarenos, de estilo mestizo, siglos XVII y XVIII, respectivamente, como para la restauración de la Iglesia de San Miguel de la Ranchería, que atesora valiosas piezas de la época colonial.

5. Solicitar al Ministerio de Salud Pública acceda a la oferta de compra por la Universidad "Mariscal José Ballivián", del antiguo inmueble del ex-Hospital "Busch", de Trinidad, para la creación del Museo Arqueológico del Beni.

5.1 Gestionar ante el Ministerio de Asuntos Campesinos y Agropecuarios el canje de tres hectáreas de terreno de su propiedad, ubicados en la ciudad de Trinidad, con otros terrenos más adecuados para la instalación del proyectado Instituto de Investigación Forestal, para facilitar la creación del Museo Antropológico y Arqueológico.

6. Solicitar al Supremo Gobierno de la Nación se dé prioridad a la creación de un Politécnico en la ciudad de Cobija.

6.1 Comprometer a las autoridades del Departamento de Pando y a la Universidad "José Ballivián" para la pronta ejecución de dicho proyecto.

7. Expresar a los ministerios de Educación y Cultura y de Planeamiento y Coordinación, y en forma especial al Instituto Boliviano de Cultura, su reconocimiento por la preocupación y apoyo demostrados al convocar la I.ª Conferencia Nacional de Desarrollo Cultural, que ha servido para unificar criterios y conjuncionar esfuerzos en busca de objetivos comunes que posibiliten la implementación de la política cultural del país.

8. Agradecer a la H. Alcaldía Municipal de Tarija el ofrecimiento de ser sede de la II.ª Conferencia Nacional de Desarrollo Cultural, a realizarse en 1978.

Recomendaciones :

1. Que el Estado y la Iglesia concilien criterios conducentes a poner en práctica una política de resguardo y conservación del patrimonio histórico, artístico y cultural de la Nación, encomendando al Ministerio de Relaciones Exteriores y Culto la firma de un acuerdo que facilite las tareas de inventariación y catalogación de los bienes muebles e inmuebles que son patrimonio nacional, de acuerdo con los artículos 191 y 192 de la Constitución Política del Estado y que se encuentran en poder de la Iglesia.

1.1 Que las autoridades eclesiásticas conjuntamente con los comités departamentales de cultura, con el asesoramiento técnico del Instituto Nacional de Artes Plásticas, organicen museos regionales diocesanos e iglesias-museo con los materiales recolectados de lugares donde no existan garantías de conservación.

1.2 Hacer un llamado a toda la ciudadanía para la revalorización de la cultura nacional y su intervención directa en la conservación del patrimonio cultural como una función de deber cívico.

2. Que cada municipio del país y/o las oficinas del Plan Regulador realicen estudios urbanísticos de valoración del centro histórico de la ciudad que atienden, con el objeto de preservar el acervo histórico, arquitectónico y cultural.

2.1 Que el municipio que carezca de recursos humanos y económicos necesarios para cumplir esta labor, pida bajo el criterio de responsabilidad compartida, acudan al Instituto Boliviano de Cultura, para lograr el objetivo de a presente recomendación.

3. Que se tramite y obtenga la liberación de impuestos a todos los espectáculos artísticos y culturales organizados por el Instituto Boliviano de Cultura y por los comités departamentales de cultura.

3.1 Que, igualmente, se gestione ante las municipalidades la creación mediante ordenanza municipal de un timbre de valor de 1 peso boliviano pro-cultura, destinado a los comités departamentales de cultura.

4. Que el Estado, a través de los organismos respectivos, cumpla efectivamente con su obligación de facilitar el pleno ejercicio de las funciones específicas que competen, de acuerdo con su propia naturaleza y con disposiciones legales vigentes, al Archivo Nacional de Bolivia y a la Biblioteca Nacional de Bolivia para la incorporación, conservación y aprovechamiento máximo de los fondos documentales y bibliográficos de la Nación, contando para ello con infraestructura adecuada en materia de atribuciones, legislación, edificio, equipo, personal y presupuesto para gastos.

5. Que, poniendo en ejecución práctica las disposiciones de 1936, de 10 de septiembre de 1976, para el mejor cumplimiento del Programa de Desarrollo del Servicio de Documentos Públicos y Archivos de Bolivia, que con el auspicio de la Universidad Mayor de "San Andrés" y la Organización de Estados Americanos está en todos los organismos del sector público presten la cooperación que se les requiera, y en particular el Ministerio de Planeamiento y Coordinación, de acuerdo a sus propias finalidades y atribuciones.

6. Que se gestione ante el Consejo Nacional de Educación Superior (CNES) la reposición en el Pensum de la materia "Historia del Arte" para su enseñanza en la Facultad de Arquitectura.

7. Que igualmente se gestione ante el mismo organismo la incorporación de la disciplina del derecho de autor en los planes de estudio de la carrera de derecho de la universidad boliviana.

8. Que, mediante disposiciones aprobadas por el Supremo Gobierno, se obtenga que entidades estatales, como la Corporación Minera de Bolivia, empresas mineras privadas y públicas, que tienen su asiento en el departamento de Potosí, asignen en sus presupuestos un aporte porcentual de sus ingresos destinado a la restauración de monumentos coloniales de Potosí.

9. Que el Ministerio de Educación y Cultura instruya al Departamento de Curriculum se incluyan en los programas de enseñanza, la historia y trascendencia del acervo cultural del país, en sus diferentes expresiones.

10. La empresa de Televisión Boliviana debe colaborar desinteresadamente a las actividades de difusión, a través de programas formativos e informativos, en beneficio de la superación de la comunidad, ofreciendo sin costo alguno espacios destinados a la difusión de valores culturales a cargo del Instituto Boliviano de Cultura y de los comités departamentales de cultura.

Difusión y preservación de la cultura

Movimiento editorial

Los autores que hemos mencionado en el capítulo sobre las letras y las artes han podido publicar sus libros con enormes dificultades, muchas veces pagando sus propias ediciones. Sólo en los últimos años han surgido algunas editoriales serias. Ocasionalmente, las diversas instituciones estatales o las universidades publican libros y revistas. El autor percibe, por regla general, el 10 por ciento de las ventas, pero en vista de la modestia de las ediciones (1 000 a 2 000 ejemplares en término medio, por edición) sus ingresos son exigüos.

Las principales editoriales son las siguientes: Amigos del libro, en La Paz y Cochabamba; Difusión, La Paz; Gisbert, La Paz; Juventud, La Paz.

El periódico *Ultima hora*, de La Paz, ha llevado a cabo una novedosa iniciativa con la Biblioteca Popular Boliviana, lanzando al mercado un libro por mes, a precios muy económicos y en tirajes que a veces alcanzan hasta 15 000 ejemplares.

De acuerdo a una encuesta realizada por la agencia de noticias "France Press" (publicada en *Ultima hora*, 25 de febrero de 1977) no se editan en Bolivia más de 400 títulos anuales, correspondiendo la mayor parte a textos escolares. La producción nacional resulta cara debido al empleo de material importado: papel, tintas y maquinaria de talleres. Otro factor encarecedor es el mercado restringido de lectores. El país gasta 5 millones de dólares de los Estados Unidos en la importación de libros, a veces, paradójicamente, más baratos que los editados en Bolivia. España es el primer país proveedor de libros, sobre todo de texto, para estudiantes y universitarios, seguida de México y Argentina.

De acuerdo a la Cámara Nacional del Libro, sólo el 1 por ciento de los bolivianos es lector habitual, mientras el 5 por ciento es lector

ocasional. De manera que en Bolivia, sobre una población de 5 millones, sólo 50 000 personas leen libros con regularidad.

Las causas de esta falta de interés en la lectura deben buscarse en el elevado número de analfabetos, así como en el analfabetismo por desuso, que afecta a toda la población adulta que, una vez anandonada la escuela en sus primeros grados, no vuelve a tener contacto alguno con la cultura impresa, ni siquiera a través de periódicos o revistas. Los profesionales y miembros de la clase media letrada, tampoco son muy afectos a la lectura, quizá como reacción ante los malos métodos de enseñanza de que sufrieron en su vida escolar. Otro factor nuevo es la televisión, cuyos programas, por malos que sean (y en general son pésimos) atraen más audiencia que un buen libro.

Es interesante anotar los temas de que se han ocupado los autores bolivianos en los últimos catorce años (hasta 1975) según el editor Werner Guttentag, autor de una *Bio-bibliografía boliviana* que aparece anualmente. De acuerdo a tal investigación, la mayor producción corresponde a los siguientes temas: 444 libros sobre temas políticos; 425 sobre temas históricos; 340 sobre temas de derecho; 254, de poesía; 244, de economía; 179, de agricultura; 173 novelas; 150 libros religiosos; 110 libros de minería; 109 libros de cuentos; 105 biografías; 75 libros de ensayos; 63, de teatro; 63, de música; 62 libros bibliográficos; 59, médicos; 51, de folklore; 50, de arte; 47, de ciencias; 35, de arqueología; 31 libros sobre petróleo; 7 libros sobre deportes.

Predomina la preocupación o afición por los temas políticos e históricos y seguidamente los que se refieren al derecho, la educación, la economía y la agricultura. Curiosamente, la poesía ocupa el cuarto lugar, casi al mismo nivel de la narrativa. En Bolivia, país esencialmente minero, los libros sobre ese tema ocupan lugar destacado; no así, sin embargo, sobre petróleo y gas, riquezas que también viene explotando con éxito. Aunque ya es un lugar común decir que la mayoría de lectores de periódicos solamente leen la página deportiva, esto parece contradecir el exiguo número de libros que se han publicado sobre deportes.

Televisión, prensa y radio

Existe un solo canal de televisión, que depende del Estado, aunque para sostenerse acepta publicidad. Originalmente limitado a La Paz, ahora llega con sus emisiones a Oruro y Cochabamba, y pronto abarcará a Santa Cruz y el resto de la República. Su programación está hecha a base de "enlatados" de Argentina y Estados Unidos de América, con muy pocos programas de verdadero carácter cultural. Numerosas y frecuentes son las quejas del público por la pésima calidad de las emisiones, pero hasta ahora no ha podido lograrse nada positivo, con el agravante de que, debido a su dependencia de los anunciantes, el único

canal oficial es el principal vehículo de promoción de artículos innecesarios y de consumismo irracional.

Las emisoras (alrededor de 100 en todo el país) dedican muy poco espacio a la cultura, limitándose a pasar informaciones, radio-novelas de dudoso gusto, avisos comerciales y música folklórica e internacional. Algunas de ellas, como "Fides", "Cruz del Sur", "Illimani", tienen contados programas de verdadero nivel artístico y de promoción de la cultura. Pero predomina el mal gusto y la orientación comercial.

El nivel de la prensa ha mejorado notablemente en los últimos años. Los principales periódicos son *Presencia*, *Ultima hora*, *El Diario* y *Hoy*, de La Paz; *Los tiempos*, de Cochabamba; y *La Patria*, de Oruro. Casi todos ellos publican suplementos literarios y una página diaria de opinión. Los más importantes son el suplemento literario de *Presencia*, y *Semana* de *Ultima hora*, dedicados a la literatura boliviana. El tiraje de los principales periódicos alcanza a 40 000 ejemplares en las ediciones ordinarias, aunque ha llegado a la cifra record de 130 000 (cuando se publicó el diario del guerrillero Ernesto Guevara) o 150 000, cuando Bolivia obtiene algún triunfo internacional en fútbol.

Fundaciones

De los tres grandes millonarios que tuvo este país hasta 1952 (Patiño, Hochschild y Aramayo), dueños de las minas de estaño nacionalizadas en ese año, solamente el primero creó una Fundación que lleva su nombre, orientada primordialmente a conceder becas para bachilleres que siguen estudios universitarios en la ciudad de Ginebra. Allí la Fundación Patiño les provee de pensión y una bolsa de estudios. Simultáneamente opera en Cochabamba el Centro Portales, de la misma Fundación, con diversas actividades culturales, desde la emisión de programas radiales hasta cursos de matemáticas modernas para profesores del ciclo medio. También realiza una interesante labor de divulgación de la enseñanza del quechua.

Otros empresarios, en escala más modesta, han seguido este ejemplo, como Ramón Darío Gutiérrez, de Santa Cruz, creador de una Fundación Cultural que lleva su nombre; Mario Mercado V.G., con la Fundación Cultural "Emusa"; y la Sra. Mónica de Gutiérrez, con la Fundación "Manuel Vicente Ballivián". Todas esas fundaciones se dedican a promover las artes y las ciencias.

Lamentablemente no existen en Bolivia los incentivos que se dan, por ejemplo, en los Estados Unidos de América, a fin de que las gentes con recursos económicos puedan disponer de fondos para promoción cultural y hacer inversiones en obras de arte, con cargo a los impuestos.

La Fundación Patiño dispone de un capital anual de alrededor de 500 000 dólares de los Estados Unidos. Las demás fundaciones destinan

a sus operaciones sumas mucho menores, que varían entre 50 000 y 100 000 dólares de los Estados Unidos.

Los museos

Bolivia es un país de escasos museos, cuando podría tenerlos muy variados debido al rico material que cabría reunir en ellos. Los existentes actualmente son: en La Paz, Museo Tiwanaku (en la población de Tiwanaku), Museo Nacional de Arte, Museo de Arte Popular, Casa del Protomártir Pedro Domingo Murillo (historia y etnografía), Museo Criminológico de la Policía, Museo de Arte Sacro del Convento de San Francisco; en Cochabamba, Museo del Palacio de la Cultura, Pinacoteca del Palacio de Portales, Museo Arqueológico de la Universidad de San Simón; en Potosí, Casa de la Moneda (Pinacoteca y Museo de la Moneda), Museo Franciscano; en Sucre, Casa de la Libertad (museo histórico), Museo Eclesiástico de la Catedral, Museo de la Universidad de San Francisco Xaxier; en Oruro, Museo Arqueológico, Museo de la Universidad Técnica; en Tarija, Museo Paleontológico, Museo de la Universidad Juan Misael Saracho; en Santa Cruz, Museo de la Casa de la Cultura, Museo Arqueológico de Samaipata.

Deben anotarse también otros museos menos conocidos, como son: el Museo Mineralógico del Banco Minero, en La Paz; el Museo Militar de Irpavi, en la misma ciudad; el Museo Universitario (en formación) de la Universidad "José Ballivián", en Trinidad, etc. También hay colecciones privadas importantes.

La mayor parte de los museos nombrados se encuentran bajo la administración de instituciones y empresas públicas: universidades, municipalidades, bancos estatales, etc.

Casi todos son de carácter general y su estructura interna se debe, ante todo, a las preferencias de sus directores, sin que haya normas universales.

Ninguno de los museos bolivianos es capaz de autofinanciamiento, necesitanto todos partidas presupuestarias de las entidades que los sostienen; por ello mismo sufren de carencias, faltándoles estantes, anaqueles, vitrinas, más numeroso o más calificado personal, etc. En más del 70 por ciento de los museos bolivianos no hay guías ni catálogos que puedan servir de orientación a los visitantes nacionales y extranjeros. Este hecho impide que, como en México y otros países, puedan contar con un público popular, de masas, y especialmente de escolares.

En proyecto, fuera de los museos arqueológicos a cargo del Instituto Nacional de Arqueología, se encuentran varios, como el Museo de Minerales Bolivianos del Ministerio de Minería y Metalurgia y el Museo Numismático del Banco Central. Algunos templos y muchos edificios de valor arquitectónico de la época de la Colonia y la República existentes

en las ciudades podrían aportar, mediante los arreglos convenientes, la infraestructura que necesitan los museos para su expansión.

Saqueo de las obras de arte y del folklore

Bolivia es una pieza más dentro del mosaico de piratería internacional del arte que, según los indicios concomitantes existentes, estaría a cargo de toda una organización mundial delictiva con cerebros conocedores de la materia, cuyas depredaciones se destinan a un mercado sofisticado y económicamente poderoso.

Las columnas de la prensa registran constantemente la denuncia de partidas de exportación ilegal decomisadas por las autoridades, consistentes en piezas arqueológicas, en cuadros y reliquias coloniales, en ornamentos eclesiásticos, etc. Casi la totalidad de las muestras artísticas precolombinas que se hallan en yacimientos, y las obras pictóricas, escultóricas, tallísticas, etc., del pasado colonial, pertenecientes a templos y capillas, se encuentran en el más completo abandono de la vigilancia del poder público.

Este estado de indefensión material del acervo artístico e histórico del país es una verdadera incitación al saqueo de las obras de arte bolivianas. Los ladrones se introducen en los templos —y no sólo en los aislados en la inmensidad de la campiña sino en las propias ciudades densamente pobladas— con nocturnidad, escalamiento de paredes y fractura de cerraduras, para cortar telas de sus marcos, llevarse copones cincelados, crucifijos y joyas de las imágenes religiosas. Presumiblemente, lo que se descubre y rescata es sólo una parte mínima en relación a lo que se va al extranjero para siempre. Se ha dado inclusive el caso de que los Estados Unidos de América tuvieron que devolver una partida de cuadros pertenecientes a la iglesia y convento de San Francisco de Cochabamba.

Frente a tal situación, en las poblaciones rurales ha surgido espontáneamente una especie de vigilancia por parte de los propios campesinos, que desconfían de la presencia de extraños y, a veces, los apresan. Este control democrático puede ser de buen efecto, siempre y cuando sea general y permanente, lo que no siempre ocurre. La vigilancia decrece o desaparece en ocasión de las fiestas locales, circunstancia aprovechada por los saqueadores.

La Conferencia Episcopal Boliviana dispuso la creación de museos de arte sacro en las capitales de departamento, en los que se recogerían todas las obras de arte coloniales de los templos carentes de protección, para conservarlas adecuadamente. El primer Museo instalado es el que se encuentra en el Convento de San Francisco de La Paz. No obstante tal disposición, aún no se ha llegado a establecer acuerdos para llevar

a cabo un inventario de los tesoros artísticos eclesiásticos por parte de los órganos culturales del Estado.

Otro aspecto de la pérdida de obras de arte y de identidad cultural es el de la apropiación de piezas del cancionero, danzas y máscaras del folklore indígena y mestizo de Bolivia por otros países sudamericanos, con la agravante de que, en éstos, hay gente inescrupulosa que registra y vende como suyas esas creaciones, percibiendo los derechos de autor correspondientes, lo que significa un abuso incalificable.

Las reclamaciones de músicos y compositores bolivianos se refieren particularmente a la Argentina mas, en este punto, la cuestión no es sencilla. Ocurre que la Argentina alberga alrededor de medio millón de inmigrantes bolivianos, muchos de ellos peones de la zafra azucarera que se han quedado a vivir en las “villas miseria” o barrios de tugurios de Buenos Aires y en otras ciudades y localidades. Este enorme contingente de trabajadores de procedencia indígena lleva consigo su tradición cultural, su música y otras manifestaciones folklóricas, que aparecen luego como productos del norte argentino. Por otra parte, esta región fue lugar de expansión de aymaras y quechuas y tiene poblaciones rurales de habla quechua, siendo su folklore similar al boliviano.

Donde se nota claramente la substracción de las expresiones culturales propiamente bolivianas, es en la imitación que, desde hace pocos años, vienen haciendo grupos de danzas del sur peruano y de la región pampina de Chile al presentar, como algo original de ellos, la antigua *Diablada* de los mineros de Oruro.

Un convenio entre los gobiernos involucrados al respecto puede poner coto a la apropiación y difusión indebidas del folklore y del cancionero popular mediante la organización de mecanismos operativos de inter-comunicación y rápida sanción.

Normas legales de propiedad intelectual

Dentro de las características legalistas y reglamentadoras de los países latinoamericanos —herencia de su tradición hispánica y latina—, la legislación de los derechos de autor es bastante antigua y, a la vez, de una extraordinaria inconexión y dispersión.

Un Consejo de Ministros, encargado del poder ejecutivo, durante la guerra del Pacífico con Chile, dictó un decreto el 13 de agosto de 1879. Tal norma legal disponía:

“El autor de un impreso o litografía goza durante su vida de la propiedad y del derecho exclusivo de reproducirlo”. (art. 7.º)

”Después de la muerte de un autor, conservarán sus herederos, cesio-

narios o representantes el derecho de propiedad de que trata el art. 7.º, por espacio de cincuenta años.” (art. 10.º) ¹

Como se ve, únicamente los frutos de la imprenta se entendían entonces como el objeto apropiado de la propiedad intelectual.

En 1909, el gobierno del presidente Eliodoro Villazón ya decidió que la propiedad intelectual comprendería las obras científicas, artísticas y literarias y sería ejercida por los autores, traductores, editores, compendadores, diseñadores, pintores, músicos, escultores, etc. y sus herederos. La transmisión de tal propiedad por herencia se limitó a 30 años.

El gobierno progresista del teniente coronel Gualberto Villarroel promulgó, en 1945, una ley del Parlamento destinada a proteger los derechos del autor. Su artículo principal decía:

“No podrá ejecutarse o publicarse, en todo o en parte, obra alguna literaria, científica o musical, sino con el título y en la forma confeccionada por su autor y con autorización de éste o su representante, haciéndose extensiva esta disposición a la música instrumental y a la de baile, así como a las audiciones públicas por transmisión a distancia, como las radiotelefónicas” ².

En 1947, el gobierno de Bolivia ratificó y convirtió en ley de la nación la Convención sobre Protección de Derechos de Autor, suscrita en Washington en junio de 1946. En 1962, bajo el gobierno de Víctor Paz Estenssoro, se aprobaron y ratificaron los siguientes convenios internacionales:

Acuerdo destinado a facilitar la circulación de materiales audiovisuales de carácter educativo, científico y cultural, adoptado en Lake Success, Nueva York, el 15 de junio de 1949;

Acuerdo sobre importación de objetos de carácter educativo, científico o cultural, aprobado en el mismo lugar el 22 de noviembre de 1950 y su Protocolo anexo;

Convención Universal sobre Derecho de Autor, aprobada en Ginebra el 6 de septiembre de 1952;

Convención para la Protección de Bienes Culturales, suscrita en La Haya el 14 de mayo de 1954.

Por lo que respecta a los libros y al material impreso, una vez realizada la publicación, procede el depósito de la obra respectiva y el registro legal de su propiedad intelectual. Una condición que debe cumplirse es que dos ejemplares del material impreso deben remitirse a la Biblioteca Nacional de Suere.

Para acabar con la dispersión de las normas legislativas en la materia y hacer que éstas abarquen la propiedad intelectual de todos los bienes culturales, se propone la necesidad de un nuevo Código de Propiedad Intelectual.

1. Peter Lewy, *Propiedad intelectual en Bolivia (doctrina y legislación)*, p. 62-63, La Paz-Cochabamba, Editorial Los Amigos del Libro, 378 p.

2. Peter Lewy, *op. cit.*, p. 77-78.

Desarrollo cultural concertado

Hasta hoy el arte, la ciencia y la cultura se han considerado como lujos que deben sobrevivir por sus propios medios, es decir que, en el campo cultural, se ha empleado el equivalente de una economía de mercado. Ello se ha traducido en olvido y abandono de una actividad importante para la vida espiritual de los bolivianos.

Una posición contraria sería la de propiciar el paternalismo estatista en materia de cultura. Es decir, una evolución cultural encuadrada, regimentada y dirigida por el gobierno central con la agravante de que, debido a nuestra tradición de inestabilidad política, una cultura así, oficialista, iría de tumbo en tumbo.

Ninguna de estas soluciones parece ser la apropiada para nuestra realidad, que es la de la dependencia y del subdesarrollo en todos los órdenes. Los pueblos atrasados necesitamos desarrollarnos y conquistar la independencia, principalmente económica y, con mayor razón, poseer originalidad cultural.

Debe buscarse la confluencia de todos los sectores y medios que, en nuestro país, tienen algún quehacer cultural, sin que ninguno de ellos quede descartado. Por eso conviene postular la necesidad del concierto de esfuerzos, planes y programas de las instituciones estatales y municipales del área de la cultura, de las entidades empresariales y fundaciones privadas de función cultural y de las organizaciones de los creadores y difusores del arte y de las manifestaciones culturales.

Uno de los puntos débiles de la Conferencia Nacional de Desarrollo de la Cultura, realizada en La Paz en marzo de 1977, consistió en la inexistencia de invitación y por consiguiente en la ausencia de las organizaciones de los interesados: la Unión Boliviana de Escritores, la Asociación de Artistas Plásticos, la Organización de Artistas de Teatro, la Sociedad de Compositores de Música, la Federación Boliviana de Cineclubes, etc. Nosotros estamos firmemente convencidos de que ningún desarrollo cultural, por mínimo que sea, es posible sin la participación de tales interesados.

Ni abandono, ni dirigismo: debe proponerse el desarrollo cultural concertado.

En todo caso, el conjunto de recomendaciones aprobadas por los asistentes a dicha Conferencia configura un marco de acción importante del que puede partirse para lograr, por primera vez en nuestro país, una política cultural.

Existe además el viejo problema de las prioridades en la acción oficial. Basta señalar algunos presupuestos. Mientras el Gobierno dispone de 100 millones¹ de dólares de los Estados Unidos anuales para un sistema educativo que, a todas luces, no sirve a la colectividad ni a los estudiantes, y ni siquiera a los maestros, que se sienten frustrados y

mal remunerados, dispone apenas de 800 000 dólares anuales para el Instituto Nacional de Cultura y todas sus dependencias.

Para no hablar de los gastos militares, nos referiremos solamente a los de deportes, campo en el que se ha hecho un gran esfuerzo en los últimos años, al punto de que el Comité Pro-juegos Bolivarianos ha dispuesto de cifras superiores a los 15 millones de dólares de los Estados Unidos anuales para campos deportivos y otros gastos. Si se comparan estas cifras con el presupuesto destinado al organismo encargado de impulsar la actividad cultural, se verá con claridad que la cultura es todavía la “Cenicenta” entre los rubros a los que atiende el presupuesto de la Nación.

